Editorial Enero 2026

10.01.2026

Enero siempre es joven

El niño geopolítico observando el nacimiento del Hombre Nuevo - Salvador Dalí

Esa sensación del renacer cada vez de un mundo ya viejo y cansado de hacerlo tantas veces. Una revista que atraviesa otro verano con la naturalidad con que todos escribimos, porque no podemos dejar de hacerlo, y de preguntar a otros, de aproximarnos a otros para saber de ellos y ellas, cada quien una astilla del sentido de ser en la superficie resbaladiza del tiempo.

Sacando la energía que otrora nos rebasaba, y ahora hay que juntar de a pedacitos, viendo tanta ignorancia que, en lugar de pedir, quita; en lugar de escuchar, dicta fallos

y, sobre todo, fallas. Como eso del mundo viejo que vuelve a tropezar donde antes parecía haber comprendido o conquistado una sabiduría más. Como si la humanidad no siguiera siendo por opción humilde. La conjura de los necios cada vez descubriendo las mal habidas mieles del poder.

Nada de eso aquí. Con suerte, juventud, con suerte, madurez; con suerte, el hacer, el seguir haciendo cada día. Con suerte, los dones, los que se recibe, los que se entrega, los que se pasan al otro, pues es su turno. Con suerte, la palabra que pide permiso para entrar, para decir, incluso para callar.

Algunas cosas hemos comprendido, humanidad. Hemos visto aquella película, descubierto aquel sentimiento del que no avergonzarnos. La dignidad de la vida que camina tanteando, porque estamos de paso. Un hilo de palabras para sostener la esperanza, o al menos saber irnos sin ella, hermanos y hermanas en el dolor, en el desconcierto.

Saber que el sentido de las cosas muchas veces se esconde, y en ocasiones se revela con el sonido de un "¡Ah!", que ni siquiera esperábamos. De eso se trata tener un lugar desde el cual contemplar lo malo y lo bueno, y siempre seguir aprendiendo, soñando, amando, deseando sencillamente que todo mejore, sin ingenuidad ni soberbia. Un lugar desde el cual hacer preguntas abrazando la duda, la fiel y vieja duda ante el universo, muchas de cuyas leyes ignoramos, hasta la siguiente vez.

Gente que estamos aquí, cada uno y cada una, ese estar intenso como el que se siente que puede ser para siempre, aunque no ya para todos, porque nos vamos yendo, tras aprender, tras enseñar, tras pasar como pasamos por aquí.

Todo eso late en el corazón de esta **Tierra Media**, en el de cada **Tierra Media**, un espejo donde se demoran nuestros rostros, mirando más allá.

Sean bienvenidos, aquí, junto al fuego, también hay dioses caprichosos.

Editoriales →

Orillas recortadas de una ciudad

10.01.2026

Gabriel Abalos

Fotos de Córdoba devuelven casas y calles desaparecidas ochenta años atrás, al organizar el arroyo La Cañada. Y exponen fragmentos de vida en esos lugares. Extraordinario aporte del nuevo libro de **Cristina Boixadós**.

Unos archivos octogenarios

Hay algo detectivesco en perseguir documentos sobre los que se poseen ciertas referencias, pero que aún no han sido encontrados. Y en verdad, la investigación histórica, como la que ejerce **Cristina Boixadós** -una referente inapelable en historia de la fotografía en Córdoba- está llena de pistas falsas, de revelaciones a veces tardías, de felices sorpresas y también de milagros. Todos los tipos de recorridos en pos de hallar materiales valiosísimos, o parte de ellos, le han tocado a Cristina. Se puede mencionar el encuentro accidental de material tirado a la calle, porque no se sabía qué hacer con él, porque ocupaba un lugar desde hacía demasiado tiempo. Esos momentos que podrían no haber ocurrido y, por lo tanto, no haber dejado ninguna conclusión, ni inaugurado un tiempo de changüí para materiales antiguos. Esa es la parte milagrosa.

Con su trabajo, Boixadós ha realizado aportes decisivos al campo de conocimiento del oficio de los retratistas y reporteros gráficos y, en no menor medida, al deseo de ver revelada a través de esas obras a nuestra Córdoba, sus calles, sus habitantes, sus casas tal como eran en el pasado.

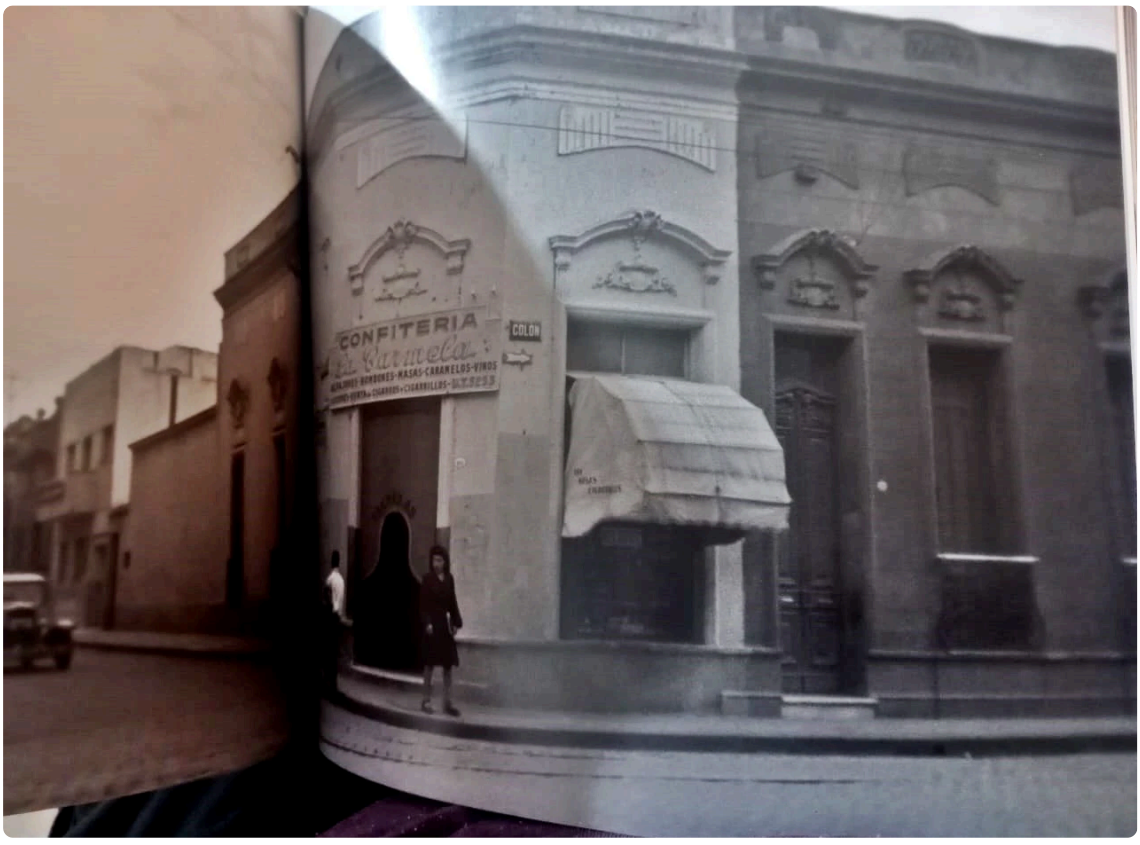
Un pasaje decisivo de esa *novela de detectives* es narrado así por la autora de *"Fuera de registro – Los bordes de una ciudad y de su gente"*. Allí se lee:

"En un cuartucho estaba amontonado y tirado al azar el tesoro de la acción humana sobre la naturaleza. Entre pilas de carpetas, dos retratos de gran porte de Carlos Casaffousth y de Juan Bialet Massé nos saludaban apenas abrimos esa puerta. Sus miradas al unísono nos decían 'el agua deja sus marcas'. Comprendimos rápidamente que, en esa montaña de papeles, llevaría un buen tiempo encontrar lo que buscábamos. Muebles antiguos de madera finamente confeccionados, planeras, ficheros y un armario protegían algunos documentos.
En este último mueble encontramos lo que buscábamos: los dos tomos de la obra fotográfica de Jorge B. Pilcher.
Seguimos hurgando. En uno de esos estantes, una caja de cartón nos llamó la atención. Algo guardaba con recelo.
Esa caja olía a misterio y a ausencia. La abrimos. Había tres álbumes apaisados, con solapa, broche y su tapa marrón de tela encolada con la inscripción *Obra La sistematización de La Cañada.* Contenían negativos 6 x 9 cm protegidos por ese papel fino amarillento, que bien podría ser 'papel araña'. Eran los frentes e interiores de las casas a demoler para ejecutar la obra de ordenamiento del arroyo, anunciada y decretada desde 1939. También encontramos las planillas con los datos de las casas a

expropiar, que luego fotocopié. La demolición -dice una columna de este registro- repercutió en 18 manzanas de la trama urbanizada, desde la calle La Rioja, al norte y la Perú y Julio A. Roca, al sur. Por eso ahora, cuesta entender cómo era ese tramo del tejido urbano anterior a 1944 cuando el arroyo perdió sus curvas, sobre todo en la calle Lavalleja al 100 y en la Ayacucho, entre el 700 y el 1100."

Como resultado de esa búsqueda y de ese descubrimiento, cuenta la autora, junto a su estrecha colaboradora en la investigación, Ana Sofía Maizón "desde 2015 guardamos estas imágenes y callamos este hallazgo. Nuestro pacto con Sofía fue hacer un libro, bien lo valía. Inventamos títulos, formas de abordarlas, de escribir una historia. Pero yo, ya retirada de la docencia, estaba con otros proyectos y Sofía tenía nuevas responsabilidades laborales."

El final -o, en realidad, el comienzo- de la historia es este libro entre las manos: "*Fuera de registro – Los bordes de una ciudad y de su gente*". El encuentro casual de esos archivos ocurrió setenta años después de tomadas las fotografías. Hoy aquellos originales puestos en el libro, tienen ya ochenta años.



Confitería La Carmela, Colón y Lavalleja

Pasan casas, calles, gentes

El título del libro firmado por **Cristina Boixadós** contiene las palabras "ciudad" y "gente", y las fotografías reunidas se detuvieron a retratar casas y calles. Todo esto recuerda un libro (que no se ha vuelto a editar), llamado "Gente, casas y calles de Córdoba", de

Manuel López Cepeda, que apareció en 1965. Sin cámara de foto de por medio, López Cepeda conservó datos sobre el paso del tiempo medido en la ocupación de inmuebles, su edificación, su desaparición, como fascinado de ser testigo de esos cambios que estaban ocurriendo delante de sus narices. Leer el libro equivale a imaginar a su autor deteniéndose ante viejas casonas para cotejarlas con la ciudad de su memoria, la de esa cuadra, la de esa calle. Lo imaginamos tomando notas sobre una sucesión de hechos, un cambio de dueños, la desaparición de cierta tienda y el advenimiento de un cine, de un "biógrafo". Había comprendido el inmenso valor de todo breve retazo de una memoria atenta. Y hacía memoria.

Por su parte, **Cristina Boixadós** exhuma material de hace ochenta años, que registra un tiempo previo a la entronización de la memoria en su propio trayecto y en su experiencia de vivir la ciudad. No estuvo frente a esas casas retratadas por un fotógrafo anónimo. Pero allá están, en esas fotografías previas a la acción del pico de la demolición. Ella habría deseado estar allí, pero ha tenido la ocasión de recorrer, fotos mediante, esas calles, e invitarnos a esa caminata por una parte de Córdoba que ya no existe.

Ella ama esas fotografías que, además, se encuentran justo al medio entre el documento y el arte. Las fotografías pueden aunar ambas dimensiones. Es en esa zona donde crece la figura del fotógrafo, un intermediario con ese pasado (como lo fue con su escritura López Cepeda). Ha tomado sus imágenes únicas, parsimoniosas debido al peso del pasado, y más aún frente a la certidumbre de que esas construcciones, esas casas, esas calles y esas gentes -y él mismo- no son sino parte de un tiempo sin retorno. Intenta ralentizar, a lo sumo, el correr de los años que todo se devoran.

Retratos de un tiempo olvidadizo

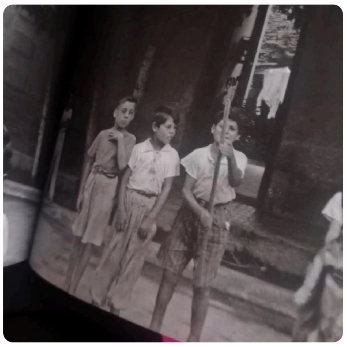
Algo casi epopéyico, o sin el *casi* incluso, si lo vemos desde nuestros ochenta años más tarde, en nuestro tiempo donde un dispositivo capaz de fotografiar, filmar, grabar sonidos, cosas que se despliegan en frente de nosotros, de una manera tan sencilla y sin pausa, porque cada persona posee uno y puede tomarse *selfies* con amigos, registrar el juego de los niños y su crecimiento, los cumpleaños, las fiestas pasadas, los paseos. Un artefacto universal que convierte la ceremonia del registro en un gesto cotidiano sin valor intrínseco. La comida a punto de ser ingerida, los retratos casuales tomados de tiempos inmediatos, el encuentro reciente, la actividad del instante. Se pregunta uno ¿quién ordenará esos archivos de viejos celulares reemplazados por otros, cuando ya no importe el friso, el inmenso collage de momentos, de viajes, de últimas fotos de muertos y muertas que sonríen en esa memoria inocente de cualquier

dramatismo? ¿De tiempos e infancias ya gastados? ¿De memorias que se inclinan hacia adelante, como queriendo olvidar?

Fotografiar era un procedimiento y también un ritual. Es notable cuánto de encanto, de arte de la luz se puede encontrar en un relevamiento de viviendas barriales para su expropiación y demolición. Parece imposible al fotógrafo el no traslucir la belleza de un retrato, de una memoria. Evoca ese dramatismo con que se fotografía a un condenado a muerte momentos antes de su ejecución, o incluso esas fotos mortuorias después de los disparos del pelotón. Lo efímero arroja una luz oblicua, una luz que devela el peso a veces insoportable de la historia.

Casas, vidas llamadas a la demolición del tiempo, o de un plan de obras. Como un árbol justo antes de caer con su estruendo. Esa "segunda vez" de los gestos, de las vidas presas de su tiempo que sonríen al hoy. Y siguen sonriendo, porque una luz ha atravesado la caja oscura y ha capturado ese hoy con unción, no con distracción o ese repentismo que tanto podría estar, como no estar presente.

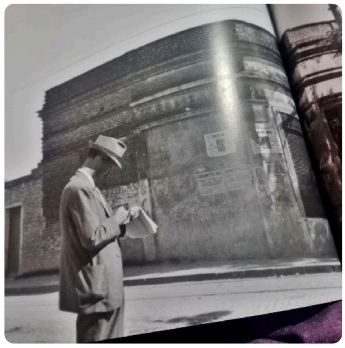
Click para ampliar



Ayacucho al 700, frente a una casa de inquilinato

Casona en calle 27 de Abril al 500, con una madre y dos niñas cruzando

Casa de Castro Oyarzábal, cuatro jóvenes de negro



El perito tasador en Achával Rodríguez y Ayacucho

Años guardados en papel sensible

Cuando parecía que los aportes de **Cristina Boixadós** a la historia de la fotografía en Córdoba y también a la historia de Córdoba a través de la fotografía, ya había alcanzado un pico, tras veinte libros publicados, haber dado a conocer la obra fotográfica del reportero gráfico Antonio Novello, de haber rescatado fotografías del viejo cauce de la Cañada, fotos urbanas de entre 1870 y 1930, haberse familiarizado con los oficios de los fotógrafos cordobeses de dos siglos, haber puesto en valor desde sus originales la colección de fotografías de Jorge B. Pilcher que retrataron a Córdoba de 1870 a 1890; haber encontrado la colección de fotos de tres generaciones de la familia Righetti, cuyos miembros transcurrieron su vida entre la Argentina y Suiza; no imaginábamos que todavía quedaba por develar este precioso proyecto que acaba de presentar la investigadora, que vuelve a descorrer una cortina que da al pasado de la ciudad. Casas, vidas, épocas, cotidianos quedan expuestos a la sensibilidad de lectores y lectoras.

El nuevo libro de Cristina nos revela páginas de la historia de Córdoba a mediados del siglo veinte, que no sabíamos que existían. Son imágenes durante décadas conservadas casi por azar, corresponden a los tempranos años cuarenta y se desconoce el nombre del fotógrafo (la autora decide rebautizarlo como Juan, por una necesidad emotiva, dado el tesoro que aquel ha legado a la ciudad).

Allí surge este reportaje visual a los bordes de una ciudad que se han borrado, pero al ver las fotos la reconocemos, no por haberla conocido sino porque se repite una arquitectura, unos modos de vida, una época y un "algo" indefinible de este lugar, de esas vidas, que nos pertenecen. Creemos haber conocido esa casa de esquina, transitado esas calles, haber visto esos patios y esas, o parecidas escenas de chicos jugando, que son nuestras de un modo sin duda apenas simbólico.

Los rostros y los cuerpos de las fotos interpelan nuestra propia condición efímera, sus miradas hacia un punto concreto, que viajan con ansiedad hacia el objeto cámara, desconociéndolo todo acerca del futuro. Recorriendo ese acervo de la ciudad, Cristina Boixadós ha viajado a su propio interior, ha caminado esos lugares perdidos, ha escrito sobre cada foto una ficha que informa, sitúa, compara e historia, en lo posible, y que desborda de amor por esos lugares y esos seres sin nombres.

Magníficamente editado, un objeto hermoso para abrir y para descubrir revelaciones de una Córdoba infinita hacia atrás, que de pronto se detiene y expone a nuestros ojos una

ciudad viva que estaba a punto de desaparecer, pero no todavía, no ya para siempre, gracias a estos retablos de valor incalculable.

"Fuera de registro / Los bordes de una ciudad y de su gente" se puede conseguir regularmente en Rubén Libros (Pje. Sta Catalina, Deán Funes 163, Locales 1 y 2); El Espejo Libros (en el mismo Paseo, locales 4 y 5); Librería Quade (tiene varias sucursales en Nueva Cba., Paseo del Jockey, Córdoba Shopping, Paseo Rivera Indarte); Librería del Palacio (Ituzaingó 882) y Blackpool (Dean Funes 395).

Gabriel Abalos

Exploraciones →

Graciela Jiménez, buscadora de belleza

10.01.2026

Jackie Bini

Graciela Jiménez es una compositora, fotógrafa y creadora multidisciplinar argentino-española que desarrolla una intensa actividad artística, combinando diversos lenguajes para dar vida a obras escénicas y visuales de gran originalidad y expresividad. Con residencia permanente en España, desde donde expande sus creaciones, literalmente, a todo el mundo, Graciela no olvida sus orígenes y, de vez en vez, regresa a su tierra a revelar todo su arte. Con ella dialogamos.

Graciela Jiménez (ph: Pablo Julia)

¿Dónde naciste, qué estímulos artísticos encontraste desde pequeña y cuál ha sido tu formación inicial al respecto?

Nací en Córdoba. Con cinco años pedí estudiar piano y un piano de cola. No sé cuál fue la motivación. En mi familia no había pianistas. Los estímulos artísticos fueron variados, por ejemplo, ver revelar fotografías a mi padre influyó en mi gusto por la fotografía y creo que colaboró a desarrollar una sensibilidad y un gusto estético. Eso y escucharlo

cantar tango y folclore y tocar la guitarra. A los nueve años empecé a estudiar piano de forma particular para luego entrar al conservatorio. También estudié danzas nativas, lo que creo que influyó en la asimilación de los ritmos de danzas argentinas.

¿Cuáles fueron tus experiencias en el país y cuándo y por qué decides establecerte en Europa?

En Córdoba, estudié en el conservatorio Félix T. Garzón y en la Escuela de Artes. Me atrajo de pronto la composición y comencé a estudiar con Graciela Castillo, de forma privada. En aquella época funcionaba la *Agrupación Nueva Música.* Y el contacto con la actividad que desarrollaban abrió un campo de interés que me llevó a buscar otros caminos y lenguajes. Paralelamente a esto, en esa época se inicia el proyecto de *La Colmena,* el proyecto de un grupo de músicos liderados por Pato Pedano, donde estudié y más tarde fui profesora, hasta mi partida a Europa. En España, continué mi formación y mi actividad artística.

¿Qué camino recorriste al llegar a España, tanto en formación como en producción artística?

Mi idea de instalarme un tiempo en España estaba motivada por el interés en estudiar y paralelamente continuar con lo que había iniciado en Córdoba: componer y tocar mi música. Así que, inmediatamente llegué a Granada, contacté con un estudio de grabación para continuar el proyecto iniciado en Córdoba con mi música, mis primeras composiciones para grupo de cámara. Y afortunadamente el estudio produjo mi primer disco con un grupo al que llamé *Hilando Cielos,* y que en cierta forma anunciaba todo lo que desarrollé en los años siguientes. *Hilando cielos*, como concepto, anunciaba la diversidad, la apertura, la unión poética de disciplinas. De esa primera etapa es también la primera experiencia de componer para la imagen o para lecturas poéticas. Me formé en el conservatorio en piano, composición. Soy licenciada en Teoría de la Música, magíster en Investigación Musical y en Gestión Cultural.

Coméntanos sobre tu actividad como compositora

Mi actividad está dividida entre la creación y la docencia en el conservatorio superior de Música de Málaga. En lo creativo estoy trabajando en una obra escénica híbrida y experimental, titulada *Madre* y en la que he tenido el apoyo del Centro Mexicano para la Música y las Artes Sonoras (CMMAS), en México, que tiene previsto su estreno a finales del 2027.

En materia audiovisual, me comentabas que participaste en la creación/realización de

bandas sonoras para diversas obras.

Sí, siempre me ha fascinado la intersección de disciplinas y la riqueza que aporta la colaboración con otros artistas. He creado música en directo para cine mudo, así como bandas sonoras para exposiciones, cortometrajes y documentales.

Tienes un importante número de ediciones discográficas, en diferentes géneros y formaciones. ¿Podrías contarnos sobre esto?

He grabado ocho discos monográficos y participado en varios discos como colaboraciones. El primero, *Hablo del Sur,* lo grabamos en España con un repertorio para cuarteto y mis primeras composiciones con influencias del Río de la Plata y folclóricas. El segundo, *Garuando*, presenta un lenguaje más estilizado, cercano al jazz de cámara. Unos años más tarde, grabamos *Citas y collages*, un disco de música de cámara muy elaborado, a caballo entre el jazz de cámara y la música contemporánea. Luego vino *Amor Oscuro*, con un repertorio de canción lírica para voz y piano, con textos de Federico García Lorca. A continuación, grabamos *Mediterráneo*, un disco para chelo y piano con la banda sonora que compuse para una exposición de fotografías. Posteriormente, se publicó *Works for Piano & Works for Piano and Cello*, editado por Naxos, que incluye piezas para piano compuestas entre 2000 y 2009, así como obras para piano y chelo. Ese mismo año, se publicó en Buenos Aires *El color del tiempo*, editado por el Club del Disco, un trabajo grabado entre Granada, Barcelona y Buenos Aires. En este disco conté con Jerónimo Carmona en Buenos Aires, Carmen Canela en Barcelona y mi propio *ensemble* residente en Granada, formado por músicos españoles y argentinos. En ese disco grabamos música vocal para cantante de jazz y *ensemble*. Paralelamente, participé en varias colaboraciones y colecciones, como e*Vidas Fingidas*, donde incluyeron un tango que grabé en Granada con Néstor Marconi y músicos de la Orquesta Ciudad de Granada, y *Mujeres de Jazz,* un disco colectivo de varias autoras. En 2026, grabamos un nuevo disco vocal titulado *Amor de mis entrañas*, para voz y piano, con textos de Federico García Lorca y Hugo Mujica.

¿De qué manera llega la fotografía a tu vida, y cómo desarrollas esta otra faceta?

Mi padre se dedicaba a la fotografía social y mi primer contacto fue ese, incluido el trabajo que realizaba en el laboratorio. También hacía algunos trabajos de microfotografía, y creo que eso despertó en mí la sensibilidad y el interés por lo visual. Por otra parte, soy amante de las artes visuales. La fotografía siempre estuvo presente en mi vida, pero siempre en un segundo plano. Fue a raíz del encuentro con el fotógrafo granadino Antonio Arabesco en el contexto de varios trabajos compartidos

de música y fotografía, que me motivó a activar esta faceta y desde entonces he realizado varios trabajos documentales y de retrato psicológico, principalmente. La fotografía me permite crear un mundo a partir de un instante tomado de la realidad. Para mí es un interrogante, un instante robado a la muerte y que abre un espacio emocional que me interpela y deseo que ocurra lo mismo al espectador. Esto para mí es fascinante… El retrato es, tal vez, lo que más me interesó siempre. Esa comunicación que busco con algunas personas, o incluso con alguien desconocido que te encuentras de repente en la calle, puede abrir o generar una comunicación que en principio hubiese sido imposible. El misterio de ese otro me inquieta y seduce. Luego, todo ocurre en un instante donde la intuición lo es todo. *Mirar y vivir*, en palabras de Henri Cartier-Bresson.

¿De qué se trata *Hilando Cielos*?

Hilando Cielos es una especie de alter ego. Ha sido el nombre del primer *ensemble* que fundé cuando llegué a España. Luego, fue el nombre que le di al sello discográfico, para más tarde ampliarse a editorial de autor. Desde 2025 es un espacio que aglutina proyectos singulares, artes en diálogo, principalmente, poesía, música y fotografía de obras inéditas.

¿Visitas periódicamente nuestro país, y Córdoba en particular? ¿Cuáles son los proyectos que te traerían nuevamente a estas tierras?

Sí, voy casi todos los años a presentar diversos proyectos, como la presentación del CD *Works for Piano & Works for Piano and Cello*, editado por Naxos, en la Universidad de Cuyo, Buenos Aires y Córdoba. Además, la cátedra de piano de la Facultad de Artes organizó un concierto monográfico con alumnos, también lo hizo la Facultad de Artes de la Universidad de Cuyo, y en 2026 tenemos previsto un conversatorio para el alumnado sobre *Alejandra*, la obra que estrenaremos en agosto, en el Teatro Real.

¿Qué impresión tienes de la actividad artística y cultural de nuestro país, respecto a España y/o Europa?

De manera resumida te podría decir que mientras en Argentina el arte tiende a surgir desde la urgencia y la autogestión, en Europa predomina un diálogo más estructurado entre innovación y patrimonio.

Proyectos en agenda para 2026

En agosto, como dije, estrenaremos en el Teatro Real de Córdoba *Alejandra*, una ópera de cámara a partir de la vida y obra de Alejandra Pizarnik. Esta obra fue estrenada en

Los Teatros del Canal, Madrid, en versión semiescenificada, bajo mi dirección en 2022. En esta nueva versión que haremos en Córdoba, contamos con Cecilia Leunda y el quinteto Vento. La pieza incluye danza, además. Por otra parte, en enero grabaremos el disco *Amor de mis entrañas*, un repertorio de canciones que compuse entre 2006 y 2019, con textos de Federico García Lorca y Hugo Mujica. Y, a continuación, lo presentaremos en el Auditorio Manuel de Falla, en Granada, y estamos en trámites para traerlo a Argentina en 2027.

En lo referente a la fotografía, expondré en Málaga, en febrero, una muestra titulada *La piel de Málaga*, una serie de fotografía de calle realizada entre 2024 y 2025.

¿Cómo te definirías como artista?

Busco la belleza y hablo de lo que me conmueve, de lo que me emociona, de lo que me interpela...

Para conocer más sobre Graciela Jiménez:

Sitio Oficial (https://gracielajimenez.com/) YouTube (https://www.youtube.com/channel/UCwxOqCYmaF1WfVyqTwOZGIg?feature=watch) Vimeo (https://vimeo.com/gracielajimenez) Spotify (https://open.spotify.com/artist/4ollcSkQHpBtABGZCdy1H1)

Jackie Bini

En voz propia →

Adónde se ha ido toda la ciudad

10.01.2026

Víctor Ramés

Pueblos serranos desbordados, ciudad capital desierta: postales amarillas de la estación estival en Córdoba, cuando el foco de la vida social se corría hacia "el campo".

Postal vacaciones en Mina Clavero (Original en "Córdoba de Antaño").

Las poblaciones serranas de los valles cordobeses, rodeadas de una naturaleza envidiable, fueron desde antiguo lugares que invitaban a la contemplación y al descanso. Antes incluso de la invención del *turista*.

Con visitantes fieles que volvían año tras año, así, de a poco, crecieron ciertos destinos vacacionales. En Córdoba, cuestiones claves como la inauguración de líneas de ferrocarril que allanaron el viaje, o la presión de la curva poblacional inmigratoria en los veranos, definieron el crecimiento de pueblos y localidades que se irían adecuando, en lo posible, a la contención de un número creciente de visitantes. Una serie de cuadros periodísticos informa sobre esas vacaciones típicas de la segunda mitad del siglo diecinueve, que atraían a cientos de viajeros y, a la vez, deja ver su contracara: la ciudad

capital que se quedaba vacía durante los meses de verano, la Córdoba calurosa y cansina donde el movimiento seguía para aquellos obligados a mantener la continuidad de imparables rutinas urbanas hasta la vuelta de los vacacionantes.

Cualquier agenda cultural contemporánea mostrará ese mismo efecto hoy, manifiesto en el traslado de la agenda de espectáculos de la capital a localidades principalmente serranas cada enero y febrero.

Se trata de un rasgo tradicional de la vida social y cultural cordobesa. Corresponde, también, al período previo al inicio, con el cambio de siglo, de un número de inversiones nacionales e internacionales en determinadas localidades serranas cordobesas, que introducirían opciones vacacionales más aristocráticas, suntuosos hoteles y actividades turísticas. Quedaba la otra franja para la burguesía. Los sectores de trabajadores solo tendrían sus vacaciones más avanzado el siglo veinte.

Podemos asomarnos a un panorama de la capital provincial que presentaba el diario *El Progreso*, el 20 de enero de 1876:

"Desierta
La ciudad está desierta. No se ve en las calles ni en las plazas, ni en los paseos una sola familia. ¿Dónde están? En los lugares de campaña, adonde es preciso viajar en busca de la buena sociedad de Córdoba. La ciudad de cuarenta y tantas mil almas apenas tiene una que otra familia en su seno, porque no ha podido aún retirarse al campo; o por que se prepara para ausentarse.
Aquí no están sino los boticarios y los ingleses, y a estos últimos solo se les ve en los días sábados persiguiendo a algún desgraciado que les saca el cuerpo porque ni tribunales hay para perseguir deudores. En cuanto a los boticarios, hacen unas siestas que ya!!! Duermen desde las 8 de la mañana hasta que se entra el sol, y no se despertaran jamás, si no tuvieran que alimentarse por más que no tengan enfermos a quienes endosar sus drogas.
Por el contrario, el más insignificante pueblo de campaña tiene un aspecto alegre por la concurrencia de varias familias.
Nos olvidábamos decir que a más de los boticarios y los ingleses quedamos también en la ciudad los boletineros y los empleados del gobierno, nosotros porque no podemos salir jamás, y los pobres empleados porque debiéndoles catorce meses de sueldo no encuentran quien les fie el pasaje para ir al campo, y los ingleses andan tras de ellos como su propia sombra!...".

Nótese la queja del cronista (o boletinero, es decir el que redactaba los boletines del diario) como parte de la sociedad excluida del círculo de los vacacionistas. Por su parte,

la mención a los ingleses tratando de cobrar sus deudas, es una imagen que pinta bien la época: recaía sobre las espaldas de 1876 todo el peso de los préstamos ingleses, cuyo chorro acababa de cerrarse, poniendo fin a la fantasía de bonanza que vivían el país, y la ciudad.

Para los de por sí condenados boletineros, el problema era llenar sus líneas del periódico, en la ciudad vacía en la que hasta las noticias parecían tomarse vacaciones. Se podía, por ejemplo, convertir en noticia el desplazamiento de las familias, como lo hacía *La Conciencia Pública* en diciembre de 1884:

"Familias al campo
Por el tren de esta mañana partieron para el norte gran número de familias y caballeros. Notamos las de Caballero, Peña, Bedriñan, Serna, Gómez y Gigena.
Mil felicidades!"

A título comparativo, es útil citar el movimiento de viajeros en el diario *La Libertad* de enero de 1898, que mostraba la permanencia de ese tipo de sección. Era muy posible que los propios viajeros proporcionasen al diario sus desplazamientos, para poder figurar.

"*Viajeros* – Con destino a Salsipuedes se ausentó ayer el señor Osvaldo Vélez acompañado de su familia.
-Para Los Reartes parte mañana el señor Agustín Villarroel acompañado de su familia.
-A Calera partieron ayer los señores Alfredo de Olmos, Pedro Bedriñan y Eduardo Bodereau.
-En Río Ceballos se instaló ayer la señora Carmen Leubarris de Iturrraspe acompañada de su familia.
-De Cosquín ha llegado ayer el doctor Francisco Landó, después de dejar instalada a su familia en dicho pueblo".

Situados ya en la última década del siglo dos aspectos de las vacaciones son señalados por el semanario *La Carcajada* entre 1896 y 1897: la aspiración de figurar, ya esbozada por otros cronistas, o de no ser menos que los demás; y la especulación en los precios por los comerciantes del lugar.

El periodista ve en la actitud de irse al campo un ánimo de hacer lo que dicta la agenda de la distinción, cuando sugiere que "aunque haya que hacer sacrificios y economizar sobre el hambre, hay que salir al campo –hay que estar a la moda- hay que aparecer como la gente de buen gusto y que se da la grata vida. La cuestión es no ser menos que nadie y aparecer como gente pudiente". El artículo se titula "Al campo! Al campo!",

y puntualiza la disposición a soportar ciertos sacrificios, "porque lo que importa es darse corte, es decir, estar a la moda, aunque nadie los caiga en cuenta. Y pensando de esta manera la gente se marcha al campo, aunque sea a vivir en peores condiciones que aquí, sufriendo mil privaciones, incomodidades y explotaciones". Y a continuación introduce el periodista un aspecto que constituye mucho más que una leyenda: "Porque cuidado que hay puntos de la campaña donde los paseantes son víctimas de un explotamiento tendido. Puntos donde un cabrito cuesta tres pesos". En otro suelto, unos días después, el mismo periódico vuelve a señalar la actitud abusiva de los comerciantes, que hará que "la gente se acobarde de salir a veranear".

Se lee en *Los principios* del 20 de enero de 1897 un cuadro referido a Mina Clavero, que muestra a esa localidad transerrana en un período en que aún no había sido suficientemente "civilizada" por las inversiones. He aquí esas viejas viñetas de camping veraniego:

"Tanto el Tránsito como toda la costa del rio de Mina Clavero está llena de ranchos de barro, techo de paja, piso de tierra único alojamiento que se encuentra en estas alturas y que sin embargo se ve invadido por una crecidísima concurrencia que lo llena todo, hasta las ramadas, habiendo todavía algunos instalados en carpas a la costa el famoso río".

La carencia habitacional es tal que "todavía no hay un hotel ni pasable, solo casas donde reciben huéspedes, pero humildísimas, desprovistas de todo, hasta de sillas, si bien cobran barato: peso y medio diario por casa y comida."

A tal falta de comodidades se sumaba un viaje para nada cómodo: "por la sierra son dos días de viaje a mula y si en carruaje, es un día de tren y dos de carruajes, si bien hay posadas regulares en el camino". El panorama mejoraría, alentaba el autor: "una vez concluido el ramal de la Toma a Dolores, el viaje quedará muchísimo más cómodo para la gente del litoral, pues podrán venir en tren hasta Dolores y desde este punto quedan menos de diez leguas en carruaje hasta Mina Clavero, que no hay duda está llamado a atraer muchísima gente, por sus aguas incomparables, por su clima y hasta por sus paisajes", comentaba optimista.

En lo concreto, los veraneantes copaban el lugar. Hace un detallado reporte de los apellidos de lustre, encabezados por el vicegobernador de la provincia. Hay familias de hasta doce miembros "incluidos niños y sirvientes", afirma Valdez. Contando las familias, apellido por apellido, el corresponsal llega a un total de "doscientos treinta y una

personas" de la burguesía acomodada de Córdoba, instaladas en enero en la zona. Una última mirada a la actividad social en las vacaciones de Mina Clavero:

"Recién ahora se proyecta hacer un poco de vida social, pues se habla de un gran pic-nic, corrida de sortija y concierto a favor del colegio de las Esclavas. Tenemos seis misas diarias en el Tránsito y a veces siete cuando el Cura se halla aquí. (...) El único punto donde se reúnen todos los bañistas es en misa, los domingos (...), poco después de la misa cada uno regresa á su casa, restableciéndose la monotonía diaria. Para alterarla un poco, en una de estas hermosas noches de luna, clara como el día, tomé en el Tránsito un par de artistas criollos, que con guitarra y violín se acompañaban a cantar esas deliciosas gauchitas tiernas y dolientes, que tan agradablemente interrumpen el sueño a altas horas de la noche."

Le cabía al diario *Los Principios*, en enero de 1896, insistir con la soledad del periodista en la capital. Se leía en la columna "Crónicas Cordobesas", una sección dominical:

"Córdoba está despoblada.
Sus calles no hace mucho tan animadas y bulliciosas, se parecen hoy a un cementerio.
Sus plazas, sus paseos y parques están desiertos.
Todo el mundo se ha marchado al campo huyendo de los calores insoportables de la ciudad.
¡Los calores!
Únicamente puede apreciar su rigor quien como nosotros tiene que estar metido entre cuatro paredes, sin poder moverse durante horas enteras fuera del recinto estrecho de una pieza sin luz, sin aire, sin ventilación.
¡Oh qué triste es la vida del periodista!
Esclavo del deber, -cuando quiere cumplir su misión de modo debido, no hay para él momento de descanso.
Para él el invierno y el verano son lo mismo.
Él no tiene vacaciones
Él no tiene mañana."

A su vez el re-citado periódico semanal *La Carcajada*, volvía a hacer hincapié, en diciembre de 1898, en el efecto ciudad vacía y, por contrapartida, mencionaba las diversiones serrana:

"Las familias han principiado a marcharse a la campaña. Por eso no se ven por las calles sino los equipajes que se conducen a las estaciones, o los carros que los llevan al campo.
Desde luego pronto quedará esta ciudad poco menos que desierta, a la vez que los

puntos donde las familias se dirigen se animan y se alegran.
Como que en ellos los bailes, cabalgatas y paseos se inician con todo entusiasmo. La presente temporada de verano promete estar espléndida en todas partes, hasta Mina Clavero que está tan lejos."

El cuadro no ha cambiado a hoy prácticamente en nada, sólo habría que sumar festivales a la lista de diversiones que no tendrán lugar en esta capital.

Para cerrar este informe bien de temporada, he aquí justo el último año antes del nuevo siglo, un texto que le agrega rima al asunto: un jocoso poema firmado por Gil Guerra (no otro que el barcelonés José Menéndez Novella) publicado en *Los Principios* de enero de 1899. Se titula "Solos", y pinta ese mismo fenómeno que aún hoy se tiene la oportunidad de vivenciar en directo, cada verano, entre nuestros propios contemporáneos. La composición tiene la virtud de ser refrescante y tocar varias gamas del asunto. Aquí un extracto:

"Ya ni cuatro docenas de personas / en Córdoba se quedan. / Todos se han ido ya con viento fresco / con rumbo hacia las sierras, / huyendo del calor, de los mosquitos, / y de los focos de la luz eléctrica,/ en torno de los cuales / sinnúmero de insectos ya vuelan. / Ya no quedan en Córdoba / cien personas siquiera. / El pueblo está desierto enteramente. / La Plaza San Martín está desierta / y la banda de música que al aire / vibra con sus acordes y lo alegra/sólo toca a la noche / sus conocidas piezas / para que las escuchen vigilantes / de facción, atorrantes y niñeras. El pueblo está desierto enteramente; / ni dos docenas de personas quedan.

(...)

Los tranvías de Córdoba / ni pasajeros muchas veces llevan, / ni un alma se pasea por las calles / y la plaza de noche está desierta. / Sólo quedamos ya los periodistas, / empleados y tal vez sirvientas. / Gente, vamos, de poco más o menos / que ya no veranea. / Los demás emigraron, /con rumbo hacia las sierras / huyendo del calor, / de los mosquitos / y de los focos de la luz eléctrica, / -según ya lo decimos- / y algunos de los sastres, / zapateros, de los parientes pedigüeños / y acaso de las suegras. / Y así al pueblo han dejado tan desierto / y a la plaza de noche tan desierta / y así la banda provincial no toca / sino para que escuchen, ay!, sus piezas / los vigilantes de facción / y acaso, / dependientes simpáticos de tienda / que salen a tomar un poco de aire / en tranvía, de a pie o en bicicleta. Qué cuadro triste es el que ahora / nuestra ciudad presenta / al forastero que visita Córdoba / de paso hacia las sierras. / Es la historia de todos los veranos, / la emigración eterna y sempiterna. / Aquí solo quedamos / tres o cuatro docenas / de hombres a quienes nada, / ni los calores aterran, / y poco les

importan los mosquitos, / y los insectos en la luz eléctrica. / A mí el verano ya me importa poco / y hasta me burlo así de él, Gil Guerra.

Post scriptum: Advierto a los lectores / que a pesar de lo dicho otra me queda / y el mejor día subo al tren y vóime / con rumbo hacia las sierras...".

Víctor Ramés

Contame-la →

Simplemente, El Libro

10.01.2026

Luis Rodeiro

Portada de una de las ediciones de: El infinito en un junco (Ilustración: Tyto Alba)

i.

El libro es una maravilla. Te lleva por senderos insospechados hacia algo que te deslumbra o se convierte en un mar sereno y te propone navegar por lo desconocido, por parajes escondidos que no sospechabas que existieran, que cuando niño te ponía frente a frente a prodigios como la lámpara de Aladino, que te dejaba acariciar el lomo de Platero, entrar en el país de Alicia o te permitía sentarte al lado del Viejo Marinero que te introducía como compañero de aventuras de sus andanzas marítimas, con olas gigantes que daban miedo o en la serenidad de las aguas que te dejaban gozar del cielo con millones de estrellas que brillaban en la noche oscura.

A veces se nos aparecía el libro, vestido con un guardapolvo blanco, con barba tupida haciendo juego y calzando anteojos grandes y te enseñaba la larga historia del ser humano sobre la tierra, sus sueños, sus luchas, sus guerras, sus odios, sus amores, sus

desprecios, sus dolores, sus penas, sus alegrías. Te mostraba como esos hombres, esas mujeres primitivas, eran capaces de inventar el fuego, construir una casa que te cobija, alimentarse con lo que la tierra te ofrecía, enfrentar al león y criar animales para mitigar el hambre y otros por la simple razón de acariciar su pelaje. Todo el hombre, todo lo humano, en un libro al que inventaba también inventaba, desde el vamos, para guardar nada menos que la memoria.

Es por eso que acudíamos a él y acudimos ayer cuando éramos jóvenes y ahora ya viejos, para tener la satisfacción de crecer, de soñar, de reír o de llorar. Adoptar o rechazar las ideas que contiene. Hacerlas nuestras, enriquecerlas o ajenas, despreciarlas, combatirlas., pero respetándolas si son auténticas. Los libros, infinitas cajas de sorpresas. Ahora que se comienza hablar de Inteligencia Artificial, con todas las expectativas y todas sus dudas, con su enorme capacidad de reunir datos, ella dice que "los grandes pensadores y escritores ven el libro como una gran puerta a otras realidades, una fuente de conocimiento y un compañero". Y citan a figuras inmensas como Jorge Luis Borges que lo define como objeto destinado a encontrar a su lector en un corto o largo camino, mientras que Franz Kafka lo considera un hacha para romper el mar helado del pensamiento o George Martin, que lo compara con una piedra de afilar, pero para la mente. Para otros, también sabios, el libro es una forma de vivir múltiples vidas a través de la lectura. No dice tontería el texto confiado a la Inteligencia Artificial. Me gusta la figura del compañero, aunque no hay duda, como en la vida hay buenos y malos compañeros. Y tampoco olvidar que hay quienes odian los libros, que son muchos, pero los pocos, generalmente tienen armas, calzan botas y usan el fuego para quemarlos y perseguir a los que cometen el delito de escribirlo o de leerlos, y además guardarlos.

Pero no hay nada más alucinante para conocer, gozar y aprender que sentarse en un viejo sillón y seguir página a página el libro de los libros, que Irene Vallejo tituló *El infinito en un junco*[1]. Mi propósito es contarles algunos pasajes imperdibles, pero para impulsar a leerlos del principio al fin. Ella se propuso relatar "la invención de los libros en el mundo antiguo", que abre un camino sin fin. Y que, como apunta Alberto Manguel, en la contratapa, "Vallejo ha decidido sabiamente liberarse del estilo académico y ha optado por la voz del cuentista".

Irene para comenzar su aventura acude a pensadores, para que la ayuden a empujar su búsqueda y tomar conciencia de su desafío: "parecen dibujos, pero dentro de las letras están las voces. Cada página es una caja infinita de voces", le dice Mia Couto, la de *Trilogía en Mozambique* y ella anota. "Leer es siempre un traslado, un viaje, un irse para encontrarse", le dice Antonio Basanta el de *Leer contra la nada* y ella anota.

Pero Irene Vallejo no pierde un segundo para deslumbrarte. "Misteriosos grupos de hombre a caballo recorren los caminos de Grecia. Los campesinos los observan con desconfianza desde sus tierras o de las puertas de sus cabañas. La experiencia les ha enseñado que solo viaja la gente peligrosa: soldados, mercenarios y traficantes de esclavos. No le gustan forasteros armados... Los jinetes cabalgan sin fijarse en los aldeanos. Durante meses han escalado montañas, han franqueado desfiladeros... Para cumplir su tarea deben aventurarse por los violentos territorios de un mundo en guerra constante. Son cazadores en busca de presas de un tipo muy especial. Presas silenciosas, astutas, que no dejan ni huella...".

Irene se pregunta desde la distancia del tiempo, lo que los campesinos deseaban saber. ¿Qué buscan con tanto anhelo? Han sido, eso sí, bien pagados por esa misión. ¿Qué misión? Libros, buscan libros, casi grita Irene y nos trasmite la sorpresa. "Era el secreto mejor guardado de la corte egipcia. El Señor de la Dos Tierras, uno de los hombres más poderosos del momento, daría la vida (y bien aclara Irene: la de otros, claro, siempre es así con los reyes) por conseguir todos los libros del mundo para su gran Biblioteca de Alejandría. Perseguía el sueño de una biblioteca absoluta y perfecta, la colección donde reuniría todas las obras de todos los autores desde el principio de los siglos". Vaya sueño. Algunos que no somos reyes y no creemos en la realeza, los hemos tenido, pero eran sólo sueños de dormir. Al despertar, nuestra Alejandría era apenas solo dos o tres bibliotecas, a veces tablas sostenidas con ladrillos, pegadas a las paredes. Con libros apilados y desordenados, que uno tardaba en encontrar.

Así comienza Irene su libro. Ese prólogo, que anuncia su gran libro. Vargas Llosa no titubeó en calificarla como una obra maestra. Luis Alberto de Cuenca afirma que Irene riza el rizo de la comunicación, hasta convertir su diálogo con el lector, en una fiesta literaria. Y esa pasión despierta, la hace identificarse con esos enigmáticos cazadores, hombres de toda laya, por la paciencia puesta en la búsqueda, su estoicismo, sus tiempos perdidos y la adrenalina de búsqueda, como bien señala. "Los documentos atestiguan que Alejandría existió de verdad en la mente megalómana de los reyes de Egipto. Tal vez en el siglo III a. C, fue la única vez que se pudo hacer realidad el sueño de juntar los libros del mundo en una biblioteca universal. Hoy nos parece la trama de un fascinante cuento abstracto de Borges –o quizá, su gran fantasía erótica".

ii.

Mi muy pequeña Alejandría, de los años juveniles –vividos intensamente en la década de los '50- comenzaba a ser realidad. Entonces no conocía la historia de la gran Alejandría. Pero vivía la pasión y la urgencia de saber, de conocer especialmente, los desafíos del Tiempo, que me había tocado vivir. Mi padre tenía su respetable Alejandría,

con libros de medicina, de filosofía y literatura, que no eran el alimento de mi generación. Yo quería comer glotonamente textos de historia argentina, ese largo proceso que desembocaba en el peronismo. Me llamaban los libros críticos hacia adentro, tanto del cristianismo como del socialismo, como del peronismo, que estaban en un debate interno, que nos apasionaba y sustentaban nuestras opciones políticas y militantes. La historia nacional, a través José María Rosa, una colección que nos obligaba a juntar moneda tras moneda, para hacerlos nuestros; Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche y enloquecimos, políticamente, con el descubrimiento de la pluma de John William Cooke. La lista es bastante larga. No faltaba algo de Marx, de Lenin, de Giap, de Mao, del Che y literariamente sobresalía Julio Cortázar. Un día, con un pedido de captura por mis actividades políticas, debí abandonar mi casa. Mis libros en bolsa negra fueron enterrados –según me cuentan- en el patio de mi casa y otros, también embolsados, a través de mi hermano, que pidió el apoyo de sus colegas del estudio de Arquitectura y con el lógico temor, fueron enterrados en otro paraje. Libros capaces por sí de hacer revoluciones. Después de cárceles varias y de exilio, recuperé algunos, sólo algunos, y los acaricié largo rato.

Irene habla de la "fragilidad" de los libros. Y deja un pensamiento para recordar: "mientras lees estás líneas, una biblioteca arde en algún lugar del mundo". Puede ser una editorial que destruye ahora mismo sus fondos no vendidos para volver a fabricar pulpa de papel, nos explica. O bien, cerca de cada uno, una inundación sumerge en el agua alguna valiosa colección o varias personas se deshacen de una biblioteca heredada en un contenedor cercano. Y están los ejércitos de insectos, relata Irene, que están abriendo túneles en los libros para depositar sus larvas. Pero lo que me ocupa ahora en este preciso momento, que Irene aporta, "es que alguien está condenando una purga de obras molestas para el poder: un saqueo destructivo, escribe, sucede ahora mismo en un territorio inestable. "Alguien condena una obra por inmoral o blasfema y la lanza a una hoguera. Hay una larga historia de horror y fascinación que relaciona el fuego y los libros. Y cita a Galeno cuando afirma que los incendios, junto con los terremotos, son las causas más frecuentes de su destrucción. Y ciertamente hay llamas accidentales, pero hay llamas intencionadas. "Quemar libros es un empeño absurdo que se repite con terquedad a lo largo de los siglos. La cortada es asentar los cimientos de un nuevo orden sobre las cenizas del anterior o regenerar un mundo que los escritores han contaminado".

Y es asunto, me veo obligado a copiar textualmente un largo párrafo de Irene y su marcha hacia el corazón del libro: "...la barbarie nazi ejecutaba su operación Bücherverbrennung (quema de libros) en las plazas públicas de decenas de ciudades alemanas. Miles de libros eran trasladados en camiones y apilados para su destrucción.

Se formaban cadenas humanas para llevarlos de mano en mano hasta la hoguera. Los investigadores calculan que durante el bibliocausto nazi ardieron las obras de más de 5500 autores a quienes los nuevos líderes consideraban degenerados, un prólogo de los hornos crematorios que llegarían después, como había profetizado Heinrich Heine en 1821 al escribir: Allí donde queman libros, acaban quemando personas".

Irene Vallejo escribe sobre los libros y las ideas en la Alemania nazi. El relato, con ligeras modificaciones podía estar inspirado en Argentina, nuestra patria, durante la feroz dictadura.

iii.

El 29 de abril de 1976, el Comando del III Cuerpo de Ejército, que ostenta el poder en Córdoba, convocó a un gran acto público para asistir a la quema de libros subversivos. Osvaldo Aguirre, escribe en su relato: la hoguera ardió ante la mirada de fotógrafos y camarógrafos, con la presencia de las autoridades militares y civiles, que aplaudían la gesta. Ludmila Da Silva Catela, largos años después Directora del Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, afirma que el hecho "fue una puesta en escena que, como toda violencia, se pretendía ejemplificadora y quería generar una profunda cultura del miedo y de la autocensura".

Recuerda Osvaldo Aguirre que el acto "patriótico" tuvo como escenario el Regimiento 14 de Infantería, camino a La Calera: "El teniente coronel Jorge Gorleri recibió a los periodistas y dijo que los libros, cuidadosamente apilados en el patio, surgieron de allanamientos". Según La Nación fueron quemados miles de ejemplares, desde títulos de literatura en general hasta ensayos y biografías de personajes históricos. El inquieto y reflexivo *Principito*, de Antoine de Saint – Exupery, ardió en la fogata.

No fue el único episodio de quema de libros en Córdoba, recuerda Aguirre, ya que también se incineraron en el patio de la Escuela Superior Manuel Belgrano. El mismo colegio en que sus autoridades pasaban los nombres de los jóvenes estudiantes, dirigentes del Centro de Estudiantes, que luego desaparecían.

Otra quema, con acto público fue el 2 de abril de 1976 y aconteció en la Universidad Nacional de Río Cuarto. Eran los tiempos del general Luciano Benjamín Menéndez y la aplicación de su programa de exterminio. El 13 de septiembre de 1976, según el relato de Aguirre que hemos seguido, en la biblioteca de la Facultad de Filosofía se retiraron para la quema posterior, libros de Hegel, Feuerbach, Marx, Engels, Lenin, Mao Guevara, Lukács, Garaudy, Marcuse, Freire, entre otros. Del secuestro de libros para alimentar las hogueras, no se salvaron ni las bibliotecas populares.

Como en la Alemania Nazi. Arden libros e Irene los recuerda. En el 221 a.C., otro ejemplo, el emperador chino Shi Huandi ordenó que se quemasen todos los libros de su reino, seguramente para no equivocarse. La historia debía comenzar con él. "Los esbirros del emperador fueron puerta a puerta, apoderándose de los libros y haciéndolos arder en una pira. Más de cuatrocientos letrados reacios fueron enterrados vivos".

Irene no olvida nada en su historia: *Fahrenheit 451* -escribe- es la temperatura a la que arden los libros y el título que Ray Bradbury eligió para su libro. "La historia de una época sombría en un país en el que está prohibido leer. Los bomberos ya no se ocupan de apagar incendios, sino de quemar libros que algunos ciudadanos rebeldes esconden en sus casas".

iv.

Al final de su libro, Irene rinde un homenaje. Escribe: "De alguna forma misteriosa y espontánea, el amor por los libros forjó una cadena invisible de gente que, sin conocerse, ha salvado el tesoro de los libros." Este hecho seguramente no llegó a ella, pero habla precisamente de esa forma misteriosa y de ese amor por los libros. Entre diciembre de 1975 y marzo de 1976, durante la dictadura militar, civil y eclesiástica que hizo su erupción violenta y sangrienta en nuestro país, Liliana Vanella y Dardo Alsogaray, militantes de izquierda, ante la dramática realidad, antes de partir para el exilio deciden esconder su tesoro –los libros que constituían su "Biblioteca de Alejandría"- en un viejo pozo de cal en el patio de su casa, en Córdoba. Fue un duro

desprendimiento, que recordaban a menudo en su estadía en el exilio. Su hijo vivió ese clima, allá en México. Él partió en agosto y en diciembre se le unieron Liliana y el hijo de ambos, Tomás. Ocho años después, recuperada la democracia, retornaron a su país y a su Córdoba siempre soñada. Y, con todos los sueños, comenzaron a cavar en el patio de su antigua casa en búsqueda de ese pozo de cal, donde había quedado su tesoro. Después de varios intentos fallidos, según el relato periodístico, Dardo encontró una bolsa. Dentro, para su tristeza, había un libro desecho por la humedad. Dieron definitivamente como perdida, aquella biblioteca soñada.

Pero la historia no termina allí. Treinta años después, aquel hijo que había hecho propia la historia de la biblioteca perdida de sus padres, junto a Gabriela Halac, a quienes se sumó Agustín Berti, lo convierten en un proyecto, que se llamó *Plataforma Futuro*. "Eran libros desenterrados, pero era como estar ante cuerpos", dice Gabriela. La historia quedó registrada en el libro *La Biblioteca Roja*.

v.

De esa cadena invisible, en mi estadía en la cárcel de Rawson como preso político, los compañeros, a través de los familiares que podían visitarnos, nos enviaban los libros prohibidos por la dictadura, después de un minucioso trabajo artesanal que reemplazaban sus tapas por otros libros de apariencia inocente. El lobo disfrazado de caperucita roja.

Irene Vallejo dice en la página 84: "Las tres destrucciones de la Biblioteca de Alejandría pueden parecer confortablemente antiguas, pero por desgracia la inquina contra los libros es una tradición firmemente arraigada en nuestra historia. La devastación nunca deja de ser tendencia. Como decía una viñeta de *El Roto:* las civilizaciones envejecen, las barbaries se renuevan".

(1) Irene Vallejo nació en Zaragoza, en 1979. El libro fue publicado por Siruela Grupal, en su colección de ensayos. Su primera edición data de 2020 y llegó a mis manos como un regalo de mi cumpleaños 80, por...

Luis Rodeiro

Periodista y

"escribón"

Informes →

Algo en el plan

10.01.2026

Gastón Sironi

1

Supe que me estaba destinada apenas la vi, casi oculta, indiferente ya a cualquier criterio de diseño, a toda idea de imagen. Una actitud extemporánea de la que seguramente el dueño se jactaba, tan bien iba esa postura en ayuda de un estado de cosas que, cómo explicarlo, más convenía a su comodidad y a su desidia que a respeto por tradición alguna.

Era increíble, la óptica perfecta. Apenas decidí que sería con una óptica comencé a investigar; cuando estaba en el asunto hacía las cosas bien. No como ahora, que cualquiera se compra una computadora y se cuelga de la red y se manda a planear el asalto al Rivera Indarte, función de gala, sábado de diciembre. No, yo hacía un trabajo

fino, ningún detalle imprevisto, riesgo cero. Y por mi cuenta, por supuesto. Por eso trabajaba tan poco, pero como me fui quedando con la vieja tampoco tenía muchos gastos. Estaba tranquilo, en el barrio de siempre, y me fui quedando. A mi viejo no lo conocí, la vieja era un sol. Me fui quedando, ella no jodía para nada, me la hacía siempre fácil. Teníamos lo necesario, yo hacía algunos trabajitos, nunca nos faltó comodidad.

Yo no soy para los horarios, no. Marcar tarjeta, quince días de vacaciones en enero, el aguinaldo. Me fui quedando, y pensaba, pensaba en un golpe como ése, la óptica. Años, apuntes, un primer plan, más planes.

En fin, que cuando elegí el rubro ópticas empecé una investigación en serio: anduve por todo el país, busqué información en las cámaras de cada provincia, estudié el mercado. Así definí que la cosa sería en Córdoba, y después todo se dio fácil. Fue andar un par de días por ahí, están todas entre General Paz, la Cañada, Deán Funes y 9 de Julio. Fue andar por ahí y olfatear una misma cosa, una manera común que al principio me adelantó unas cuantas certezas pero que rápidamente fue virando a una suerte de desconfianza, de desencanto diría yo, elegir cualquiera de ésas hubiera sido exactamente lo mismo. Después la casualidad, dejar el auto un par de cuadras más allá, en una playa de 9 de Julio, justo antes de Urquiza a mano derecha. Caminar apurado hasta la Cañada, esperar el semáforo para cruzar al otro lado, y ahí algo que se me aparece, una conexión, algo. Me di vuelta, miré hacia atrás, hacia Fragueiro, y nunca sabré por qué mierda volví sobre mis pasos.

Lo que había entrevisto era una palabra: Cornealent. Un local invisible en un edificio invisible, sin vidriera. Una palabra y un cartelito de lata: Cornealent, lentes de contacto, 9 de Julio 651, planta baja a. Mi primer impulso fue entrar, pero en el tiempo que me llevó encontrar el timbre reaccioné. Porque para entrar al local había que entrar primero al edificio, como si el negocio se escondiera de los clientes. Y entonces me di cuenta y disimulé como pude y crucé al frente, un baldío tapiado con carteles. A mirar. Y miré un buen rato. Y la vi, la vi entera.

2

Ahí empezó la cosa en serio. Averigüé sobre el dueño, el personal, los movimientos. En unas semanas tuve todo el panorama. La óptica estaba en manos de un chico de veinte, la había heredado de su padre. El chico andaba en otra también, entraba y salía varias veces al día y por el apuro parecía comandar una cadena de ópticas en Sudamérica. Vestía siempre un saco ajeno, pantalones ajenos, el pelo mal domado. Todos los días abría un viejito, un tipo verdaderamente viejo, con bastón y anteojos negros. Llegaba una hora antes del horario de apertura, entraba unos minutos y salía a hacer los

trámites del día. Lo seguí varias veces, nada fácil caminar tan despacio con naturalidad. Un itinerario sólido, sin fisuras: el bar, un desayuno miserable, dos o tres sobrecitos de azúcar para el bolsillo del saco, y del bolsillo seguramente a la azucarera de su casa, un granito todos los días y en una vida el molino, el ahorro es la base, nos habían dicho a todos, y a él también. Después de desayunar, el viejo era el primer cliente del banco, los chistes gastados y tristes, la vuelta a la óptica, lenta, como la subida de un cerro en la puna.

El personal eran tres chicas. Dos de veinte y una de cuarenta, rutinas de empleado público, puntuales y puntillosas: el recorrido invariable, el almuerzo previsto con un mes de anticipación, uno de cada tres sábados libre. De la casa al trabajo y del trabajo a la casa. El trabajo dignifica, nos habían dicho a todos, y a ellas también.

En ese tiempo no miraba algunas cosas, pero ahora puedo verlo de otro modo. El chico, había algo con el chico.

Una mañana estacionó un Fiat celeste a metros de mis pies –yo estaba apostado en el baldío–, se bajó y empezó a descargar unas cajas como en un operativo comando. Las dejó en el negocio y salió, cruzó otra vez la calle, directamente hacia mí, pero después pareció cambiar de idea y entró al auto y salió a fondo.

Para la última vez que me vio yo ya tenía todo cocinado: cada movimiento, las épocas de mayor stock, un par de candidatos en Rosario y Buenos Aires. Elegí noviembre: sabía que se preparaban para el mes de mayores ventas, el stock de lentes de contacto y soluciones estaría a pleno. Y los anteojos de sol, claro, venía el verano.

El golpe salió perfecto, y no exagero si digo que no me sorprendí. Era perfecto, y era simple: una tarde de finales de noviembre estacioné frente al baldío, a las ocho y diez, con una furgoneta que decía La Camionera Mendocina, una empresa de transportes que siempre llevaba pequeñas cargas al negocio. El logo me había salido igual, me había puesto gorra, camisa y pantalón ombú del tono de los conductores de la empresa. Las chicas ya se habían ido, el local brillaba y en la mesa de la cocinita estaban las tazas listas para el desayuno del día siguiente.

Entré al edificio sin ningún problema y abrí la puerta de la óptica con tecnología básica: una llave limada. No había alarma, por supuesto. Encendí las luces, dejé ambas puertas abiertas y empecé a descargar cajas vacías de la furgoneta, que reponía llenas de anteojos, soluciones y lentes de contacto. No me llevó más de una hora. Llené la furgoneta, apagué las luces, cerré las puertas del local y del edificio, arranqué y me fui. Me fui de córdoba.

La vieja ya sabía, y para el resto del mundo yo no existía, digamos que nadie iba a preguntar por mí. A la vieja no le gustaba, claro, pero estaba resignada y de alguna manera su complicidad hacía más fuerte el vínculo, un silencio lleno de años.

Encaré para el sur. Manejé doce, quince horas, excitado como jamás había estado, como nunca volví a estar. Tenía en la espalda el golpe de mi vida. Adelante, derecho, otra cosa.

Antes del golpe había tanteado el terreno, colocar la mercadería parecía fácil. Pasé unos días en Rawson y terminé alquilando una casita de plan en Trelew; en una pieza armé el depósito. La casa no estaba mal. Daba a una playa rocosa y desierta, el viento del mar aplanaba los arbustos, la sal se colaba en los ojos.

Cuando terminé de instalarme le hablé a la vieja y se fue conmigo. Me fui quedando, el barrio era tranquilo y ni la vieja ni yo extrañábamos nada.

3

Dejé pasar unos meses, un lunes de marzo hice la primera salida. Llevé un inventario membretado y unos catálogos que había conseguido meses antes, en un congreso de oftalmología. En Rosario vi otra vez la palabra, y después en Buenos Aires. Cornealent. Sentí algo especial, una especie de orgullo, y me acordé del chico. Pensaba mucho en él en esos primeros meses en Trelew. Sabía que el robo no había cambiado nada. La óptica tenía seguro y en dos semanas todo funcionaba exactamente igual, apenas había dos o tres modelos nuevos, las chicas casi habían logrado replicar el muestrario exacto, qué lástima que cada vez hay más marcas, che.

En Once no tenían muchas ganas de revisar papeles y sólo hablaban de precios, pero nadie se enganchaba con el paquete completo y ésa era mi condición: menos implicados, menos riesgos.

Cuando volví a la casita del sur sentí algo nuevo, y algo que me era familiar. Los vientos fríos me entraron al fondo, había libros y había mucho tiempo en el sur.

Hice un par de contactos por teléfono, las distancias eran desmesuradas, hacía mucho frío fuera de la casa.

Me fui quedando. Ordené otra vez la mercadería en el depósito, hice un segundo inventario, seguramente más detallado que el de las chicas de Córdoba. Actualicé precios de costo, precios de venta al público, calculé una vez más, y otra, lo que podía

sacar por todo el paquete. El dólar seguía bajando, mi stock de anteojos de sol iba pasando de moda, las chicas habían elegido siempre con prudencia y recato.

A finales de abril salió algo en Mendoza. Parecía firme, un publicista había armado un circo grande, una óptica nueva que lanzaba con un programa de televisión y una campaña enorme. El tipo tenía menos escrúpulos que un inspector de impuestos, y tenía dinero. Viajé sin ganas, apurado por las circunstancias. Los anteojos de sol tendrían que esperar ya el próximo verano. Algo en el plan se iba agrietando, aunque sentía que no era el plan sino una cosa por dentro. La vieja también notaba algo. Pasábamos días sin hablarnos, el viento golpeando los postigos, la sal en la bombilla.

Actualicé los papeles falsos de la mercadería, imprimí órdenes de compra, facturas, el inventario. Cargué la furgoneta, la vieja me alcanzó un táper con milanesas. Algo andaba mal, no pude mirarla a los ojos. Arranqué con la vista en el mar. No había viento. Era la primera vez que no había viento.

El viaje fue demasiado largo para la furgoneta y para mí, en la Patagonia no había antenas que llegaran a mi radio, llegué a odiar mis cuatro casetes tanto como el ruidoso silencio de la ruta.

Llegué a Mendoza casi de noche. Había carteles de la óptica nueva por todos lados, el diseño y los textos eran desagradables. Me quedé en un hotel de las afueras, por suerte no encontré el programa en la televisión. Pensaba en el chico, podía sentir cómo se ensanchaban las grietas de eso que se fisuraba.

Pedí un taxi, fui hasta el centro. Caminé un rato y me encontré otra vez frente a aquella palabra. Una óptica impecable, atractiva, bien ubicada. Me apoyé en la vidriera, la iluminación era perfecta. En la furgoneta tenía exactamente lo mismo que veía, aunque mis anteojos de sol eran más viejos. Me metí en un comedor. En la tele apareció, ahora sí, el programa de la óptica nueva. El publicista entrevistaba a un oftalmólogo famoso, bronceado y con lentes de contacto verdes. El publicista tenía unos celestes.

Volví al hotel, a la mañana siguiente iba a encontrarme con ese tipo. Tomé algo fuerte en el bar, estaba contrariado, inquieto. Soñé con el chico, había tenido un accidente y agonizaba en un hospital. Iba a visitarlo, para entrar en su habitación había que entrar primero al edificio de la óptica. Lo cuidaban las tres chicas, afligidas, vestidas de enfermeras. Al entrar me encaraban con furia, ellas sabían todo. El chico no podía hablar. Me miraba como si no hubiera nadie más. No había reclamo en esos ojos, había un pedido de auxilio, de complicidad. Sacame, decía con los ojos, sacame de acá. La

habitación estaba revestida con madera oscura, igual que la óptica de Córdoba. Y estaba en un hospital.

A la mañana cerré la cuenta, subí a la furgoneta y tomé la ruta al sur, sin cancelar mi encuentro. Sentía que era un regreso, una vuelta a ninguna parte. El viaje fue el anverso del de unos meses antes. La furgoneta se había hecho parte de mis piernas, manejé enfurecido, desarmado. Esta vez tenía en la espalda un cargamento inútil. Adelante, derecho, apenas a la vieja y una ventana a un mar que no era mío.

4

Cuando llegué la vieja se estaba muriendo. Alcancé a meterla en un sanatorio. Nunca dejó de mirarme, no dijo absolutamente nada.

Volví a organizar el depósito, armé una biblioteca en la pieza de la vieja. Un viajante en problemas ofreció demasiado y le vendí la furgoneta.

Me fui quedando, lo del golpe iba cayéndose por dentro. En el sur necesitaba muy poco, el primer invierno fue una larga sucesión de libros. Cada tanto me pasaba una tarde en el depósito, revisando el inventario, limpiando.

Llegó octubre, los anteojos de Elizabeth Taylor ya no valían nada y a mí me corroían la desidia, la sal en el viento, el paso de las tardes. Las dos ofertas que logré arrancar en todo el verano hubieran sido el golpe final para mi golpe, algo peor que una delación o la visita de algún policía cinéfilo y fastidioso, aburrido de los robos de corderos patagónicos. Las deseché, casi con orgullo.

El segundo invierno en el sur fue menos duro, y más breve. No me interesaba siquiera ampliar la biblioteca, los libros eran siempre nuevos para mí. Podía sentir el tiempo aplanarse con la estepa, las arrugas del mar como un decorado oscuro.

Cualquier tarea primero me parecía inmensa, después innecesaria. Me fui quedando, podía ver la estepa como un espejo del mar. No dejé nunca de pensar en el chico. Una tarde, después de calcular otra baja en el precio del paquete, tomé la única decisión que pude permitirme.

Fue una locura. Todo fue una locura. Al mes de la inauguración –un local apenas iluminado, revestido con madera oscura– las soluciones y las lentes de contacto se vendían como había imaginado: eran las mejores y nunca habían llegado a Trelew. A finales de noviembre sucedió lo inesperado: los anteojos de sol, un raro muestrario de tradicionalismo y pacatería, dispararon la moda en el sur. Unos anteojos grandes y oscuros, de carey, con marcas de viejas actrices o modelos que ahora tendrían hijas con

várices. Mi óptica se convirtió en un pequeño fenómeno que acompañó las notas de las revistas acerca del despegue internacional de la Patagonia. Había algo incontenible en todo eso, las tres chicas que comenzaron conmigo estaban desbordadas y hubo que agrandarse. Primero fue Madryn, después Rawson y Gallegos, Comodoro, Esquel. Las turistas llegaban a la Patagonia y al otro día parecían Liz Taylor, los proveedores lanzaban líneas exclusivas para la cadena. El viento y el mar eran el escenario perfecto de cada campaña, mientras agregábamos anteojos para marineros y windsurfistas, máscaras de buceo, antiparras de esquí.

Pensaba siempre en el chico, él tampoco iba a los congresos pero cada tanto me llegaba algún dato. Las chicas se habían modernizado y ahora vendían los anteojos de la década siguiente.

Con las franquicias la cadena se hizo larga y pesada, cada vez me quedaba menos en la casita de Trelew, la sal iba pegándose a los libros. Estaba siempre el viento en los postigos, el depósito vacío, el rumor de la sombra de la vieja. El golpe se había hecho más grande, y también la grieta. Nunca supe disfrutarlo, algo iba carcomiéndome cada tarde, la sal, el tiempo. Sé que las chicas de la casa central lo notaban, entonces no me importaba y cargaba otra vez el vaso en la heladera que tenía en mi oficina. Una heladera cómoda: presionaba con el vaso una palanca que había en la puerta y salían los hielos, llenaba el vaso y atendía a otro proveedor.

Cuando las noches se hacían demasiado largas podía soñar con la venta del paquete, o con una quiebra inverosímil. La cadena seguía firme, y yo en la punta. Sabía que no podría hacerlo, el chico tal vez lo habría aprobado pero la grieta llegaría al mar, y ese mar no era mío.

5

Ahora, tantos años después, he preferido venir primero acá, antes de buscar al chico. Para que todo se sepa y quede asentado. Para que él quede absolutamente libre de sospechas. Él tiene un nombre, yo lo sé, él tiene el nombre de su padre. Yo no tengo eso. Apenas tengo las ópticas, que de alguna manera no tienen tampoco el suyo.

He podido venir recién ahora que han pasado los años necesarios, no hubiera soportado el encierro. El chico apenas hizo la denuncia para el seguro, lo sé, y si por algún motivo alguien me hubiera descubierto, nunca se habría molestado con un juicio. Creo que supe eso cuando lo vi a los ojos, cuando cruzó la calle directamente hacia mí, al comienzo de todo.

He tenido que esperar porque no hubiera soportado el encierro, pero tampoco he soportado la espera. Ahora, tantos años después, he venido a decirle que es suya, que la óptica, que toda la cadena es suya, que yo no la quiero.

Gastón Sironi

Contame-la →

Dos historias de Navidad

10.01.2026

Javier Marín

El jornalero

El 20 de diciembre, sábado a la tarde, fui a un cajero automático de Villa Allende pensando en que tendría que hacer una larga fila, si es que todavía el cajero tenía dinero, algo que no sucede habitualmente. Al entrar, solo había un hombre que caminaba hacia la salida, pero antes me preguntó: "Perdón, ¿usted sabe cómo puedo sacar un recibo de sueldo?" Lo miré con desconfianza, como para comprobar si estaba

iniciando una maniobra para robar o estafarme, pero de inmediato me tranquilicé; tenía un aspecto inofensivo, parecía pobre, muy pobre; vestía ropa de trabajo gastada y unos borceguíes sucios. Pensé en un jornalero o algo así y le respondí con sinceridad pero sin interés en solucionarle el problema: "no sé, no sabía que se podía sacar el recibo por cajero". Me miró desorientado, con un aire de desconsuelo que debería haberme importado, pero yo ya me había concentrado en lo mío. Metí la tarjeta y empecé a apretar las teclas. De inmediato oí una voz firme pero calma que le decía al hombre: "A ver, qué le pasa. Qué necesita". Pude ver borrosamente a un tipo que acababa de entrar. En ese momento pensé que el presunto estafador podía en realidad ser el próximo estafado. "Nunca hay que compartir datos con extraños", me repetía en silencio, como si quisiera que los otros me leyeran la mente. El laburante hizo un nuevo intento para obtener su recibo, intento que no prosperó y el recién llegado pareció ponerse ansioso. Mi alarma creció cuando oí que el tipo le pedía al laburante la tarjeta y la clave PIN. A partir de ahí, demoré deliberadamente en terminar la extracción, a la expectativa de lo que sucedía a dos metros de mí. Con la misma voz firme y segura el tipo comenzó a explicar: "hay que seleccionar Consultas/Solicitudes, después se elige Comprobante Previsional, ¿ve? Así, y ahora lo imprime". El hombre permanecía callado, sumiso, hasta que oí que, papel en mano, preguntaba: "¿Y esto qué es?". "El recibo de sueldo, ¿ve? Ahí está lo que cobró: doscientos cincuenta mil pesos de salario y ciento veinticinco mil de aguinaldo". Entonces pensé: "qué miseria, cómo puede ser que cobre eso". Tampoco me pareció bien que el otro le leyera en voz alta lo que cobraba; casi que era una humillación. Entonces pasó algo. El hombre pareció darse cuenta de lo que había hecho y mutó el estilo y el tono de voz, se hizo más relajado, casi condescendiente. "¿Tenés chicos, vos?", le preguntó. "Sí, señor" respondió el laburante. "Bueno, acá tenés esto, compráles algo para Navidad". "Noo, señor, no, por favor, no se lo puedo aceptar". "Dale -insistió el hombre- les comprás alguna cosa linda". Pude ver entonces que el pobre tipo tenía en su mano un fajo de billetes que no se decidía a guardar en el bolsillo; inútil saber cuánto dinero podía ser, pero probablemente fuera un aguinaldo extra. En ese momento me sentí mal por no haber ayudado de entrada, pero también vergüenza por haberme quedarme callado y, más ampliamente, por sentir que de alguna forma, por omisión o por acción, era también responsable de que un laburante estuviera cobrando esa limosna de sueldo. Entonces me di vuelta para salir y ahí levanté la vista, ahora sí, sin disimular mi curiosidad, y puede ver bien al tipo que había pospuesto sus asuntos para ayudar al laburante. Era un hombre de unos cincuenta años, corpulento, con aspecto de empresario exitoso y un aire opaco de triunfador callejero. Me miró un instante con una sonrisa canchera y se adelantó para salir por la puerta del cajero. Entonces, bajó de la vereda, se subió a la Amarok y se fue.

El carnicero

Un día se presentó en la puerta de mi casa ofreciendo sus servicios de jardinería. En su vieja y poco socorrida F100 llevaba las herramientas habituales. La primera impresión que me dio fue la de un hombre aún en sus cuarenta, desgastado, algo gordo, pero con una fortaleza física inusual. No sé cómo dije que sí, pero a los pocos minutos ya estaba atacando las plantas con el desconocimiento propio de un aficionado inexperto. Le dije lo que pensaba: que parecía más un carnicero que un jardinero. El tipo apagó la guadaña la dejó en el suelo y mientras encendía un cigarrillo dijo: "Es que soy carnicero". No pude menos que sonreír. Entonces me contó que había cerrado su negocio a principios de año, aunque en ese momento no dio más explicaciones. Yo tampoco las quería escuchar.

A falta de otras opciones, siguió cortando el pasto en casa. Venía más o menos regularmente; una vez por semana en verano, una vez al mes en invierno. Asumía su tarea sin sutilezas, tan ajeno a las artes de la jardinería como a la prosa de James Joyce. Había que vigilarlo constantemente para evitar que se le fuese la mano en alguna enredadera o destruyera los brotes de las albahacas.

Un día tórrido, seco, de principios de diciembre, mientras le alcanzaba un vaso de agua, se quejó de tener que cavar un pozo en un día como ese. "Peor es la cárcel", le

contesté. Me miró y en un murmullo dijo: "Más vale que es peor". Lo miré pidiendo una aclaración. "Lo digo por experiencia propia", agregó. Con una curiosidad que superó la prudencia que ameritaba el caso, le pregunté cómo había sido eso. No me dio detalles, apenas dibujó algunas circunstancias confusas, pero no intentó justificar su inocencia. Tampoco me quiso contar cómo lo había pasado en el presidio, pero imagino que no le costó nada abrirse paso en esa jungla.

Ahora bien, debo aclarar que el carnicero puede ser brutal, pero no es violento. Es de esos hombres empujados a sobrevivir como pueden y saben cómo defenderse. Pero esa temporada en la cárcel fue nada más que el prólogo de lo que tuvo que soportar a partir del día en que logró abrir su propia carnicería, muchos años después.

Hay que oírlo contar esta historia; lo hace con la naturalidad propia de quien carece de la imaginación como para elaborar una mentira. Librada de sus redundancias y ocasionales digresiones, se la puede resumir así: Desde joven, el carnicero había aprendido el oficio detrás del mostrador del negocio de su padre, pero siempre quiso independizarse. Cuando al fin recuperó la libertad, tuvo la oportunidad de instalar su propia carnicería; pero supo que tomaba ciertos riesgos: le habían ofrecido un local gratis, a condición de que pagase los impuestos y servicios, pero en una barriada hostil a toda forma de convivencia pacífica, uno de esos suburbios donde sólo ingresan policías corruptos con salvoconductos especiales o policías en busca de ascensos dramáticos. El carnicero confiaba en el poder disuasivo de su estampa maleva y en la contribución mensual que debía abonar a los uniformados de la comisaría. Nada de eso sirvió. Apenas una semana después de haber inaugurado se presentó un chico de trece o catorce años, sacó una pistola.22 y le apuntó a la cabeza. El carnicero le entregó todo el dinero que tenía en la caja.

Luego del primer asalto vinieron los otros, más feroces. En apenas diez meses ya habían saqueado su negocio en cuatro oportunidades. El carnicero ya acumulaba una herida de bala que le rozó el cuello y un par de ampollas en las manos de tanto serruchar carne, ya que en el último de los robos habían desmontado y se habían llevado la sierra eléctrica.

Era un 24 de diciembre a las nueve de la noche, se aprestaba a cerrar las rejas e irse a festejar con la familia tras haber hecho una buena plata, cuando tres adolescentes armados entraron al negocio, le pegaron a mansalva, robaron todo lo que pudieron, incluida la carne que quedaba, y se lo llevaron en su propio auto, un desvencijado Renault 12, maniatado en el baúl. En un descampado bajaron a la orilla del canal maestro y allí se pusieron a tomar algún brebaje alcohólico y a jugar a la ruleta rusa, apostándose una y otra vez las partes del magro botín. Él permanecía en la oscuridad

del vehículo, ahogado en el polvo, con el pecho saliéndosele por la boca y la transpiración cegándole los ojos. Intuyó lo que pasaba afuera por la charla enardecida de sus secuestradores y sintió un arrebato de pánico como jamás tuvo en su vida, peor aún que en las requisas o los motines. De alguna manera milagrosa, nadie había salido herido en los primeros minutos, pero luego hubo una detonación. Apenas escuchó el balazo, el carnicero se meó en los pantalones. A los pocos segundos lo sacaron a la rastra del baúl, le cortaron la cuerda y lo sentaron a jugar. En la semi penumbra de la luna llena pudo ver a su lado a un chiquilín, de no más de once años, con un ojo hueco, inmenso, despatarrado en la hierba. Cuando le llegó el turno tomó la pistola y sin dudar un instante la tiró al agua del canal a pocos metros de allí. Le cayeron encima a golpes y patadas. Pero demasiado colocados como estaban, no pudieron evitar que el carnicero se arrojara al agua y se perdiera corriente abajo, sangrante y mareado. Todavía no entiende cómo no murió ahogado.

Estuvo varios días en el hospital y cuando salió se mudó a un área poco habitada de Villa Allende. No volvió a ese barrio, ni siquiera intentó recuperar lo que había quedado de sus pertenencias en el negocio abandonado.

El carnicero vive ahora de la jardinería, y ocasionalmente, de la caza y de la pesca. Su casa enfrenta el campo abierto y allí mismo se las ingenió para trazar una huerta. Cuando quiere cazar se interna tierra adentro y vuelve con una nutria, una corzuela, una liebre. O pesca en alguna laguna cercana.

Por cuestiones estrictamente profesionales, en casa finalmente decidimos no requerir más de sus servicios de jardinero. Pero cada tanto lo cruzamos en el pueblo; va con su camioneta, sonriente, un poco agitado, y nos saluda sin rencor.

Javier Marín

Bio del autor

Contame-la →

Bohumil Hrabal: el ruido de las palabras

10.01.2026

Omar Hefling

Ilustración: artista Selene Cráteres

1

Por una cuestión circunstancial estoy nuevamente escribiendo de libros, de acumulación de libros, de la destrucción de libros. Un amigo, Pablo Colman me venía amenazando, por decirlo de algún modo, para que leyera un libro y al observar mi resistencia me lo regaló y no me quedó otra opción que leerlo. El protagonista de la

historia se llama Hanta que desde hace 35 años trabaja en una trituradora de papel destruyendo libros y reproducciones de cuadros. Mientras compacta libros, Hanta se emborracha con cerveza dado que para él los libros son muchos más que papel para prensar, se angustia y siempre, cada día, salva algunos llevándoselos en su cartera.

2

El autor de la historia, Bohumil Hrabal nacido en un pueblito cerca de Praga, es el autor de este texto existencial, profundo y con una narrativa, una prosa poética estremecedora. Como verá el lector no nos ocupamos aquí de comentar novedades, este libro es de principio de los años 70. A mí el coso este, Hrabal me sonaba de épocas lejanas, aunque no de la lectura sino del celuloide.

Aunque la película fue realizada a fines de los 60, la vimos aquí bastante después y se convirtió rápidamente en una obra de culto, filmada en Checoslovaquia (en tiempos de la Unión Soviética) los acontecimientos suceden en el marco de la II Guerra Mundial bajo la dirección de Jirï Menzel y con guion del propio director y el autor de la novela, Bohumil Hrabal. La novela de Hrabal y la película llevaron el mismo título: Trenes rigurosamente vigilados.

Durante la ocupación nazi de Checoslovaquia el director de los ferrocarriles del pueblo tiene la misión de proteger ciertos trenes estratégicos, indispensables para los planes de dominación del Führer en Europa central. Trenes rigurosamente vigilados, en definitiva es una divertida y entrañable historia sobre la resistencia frente al invasor alemán durante la Segunda Guerra Mundial, protagonizada por los empleados de la estación de tren de un pequeño pueblo checoslovaco.

3

Las aventuras literarias suelen cabalgar sobre el pastito de las experiencias y las búsquedas del escritor, y este es el caso de Bohumil (El Boumi, como lo llamarían acá en cualquier barrio).

Su padre adoptivo lo condujo por buen camino, como era gerente de una gran fábrica de cerveza en Nymburk, lo crió al Boumi correteando entre los toneles de malta y avena. Estudió derecho, fue ferroviario durante la guerra (Trenes rigurosamente vigilados) viajante de comercio y empacador en una prensa de reciclar papel (Una soledad demasiado ruidosa). Así como Jorge Luis Borges se jactaba, no por lo que había escrito, sino por lo que había leído, Hrabal se jactaba de ser culto a pesar de si mismo. Deduzco que le causaba tanto dolor aplastar y destruir libros, que como pudo fue leyendo, aquellos que por algunas razones cautivaban su atención. Para Hrabal esos

libros que él por una paga destruía con una prensa eran mucho más que papel para reciclar, eran toneladas de saber que la humanidad había acumulado durante siglos, así su cabeza, la de su personaje, Hanta, se llenó de grandes maestros rescatados de las ruinas, Lao Tse, Nietzsche, Hegel o Kant. En cada uno de los paquetes que salían de su prensa conviven libros, litografías, ratones aprisionados en busca de alimentos y su propio esfuerzo. Hrabal bebiendo cerveza deambulaba por Praga reflexionando sobre los maestros que se le ofrecieron entre la basura descartada para reciclar. Hrabal llegó a afirmar que solo había vivido para escribir este libro. El personaje tanto como él, son parte de la dolorosa experiencia de los hombres que son dejados al margen de la sociedad.

4

El régimen comunista lo prohibió, pero nada pudo con la potencia de la obra de Hrabal tanto que hoy puede ser leída su obra como una fábula sobre la creación artística y literaria, sobre el amor y la soledad, la creación y la destrucción, o la crueldad que alcanza a Hanta, al enfrentarse un día con los cambios tecnológicos, con jóvenes obreros, que representan alegremente al nuevo sistema con nuevos métodos de trabajo que acabarán por sustituirlo, con la misma crueldad que hoy se imponen las condiciones del trabajo.

5

En una visita a un establecimiento modelo de destrucción de libros Hrabal narra la siguiente escena:

"Eché un vistazo abajo donde los niños aprendían a romper libros, en general se salían con la suya con tanto acaloramiento que se tuvieron que quitar las chaquetas y las camisas, sólo un niño y una niña se hicieron daño con algunos libros rebeldes pero una obrera los ayudó, con un movimiento brusco arrancó las páginas Insurgentes y las lanzó erizadas a la cinta mientras las maestras vendaban los dedos infantiles lastimados. El cielo no es humano y yo estaba harto, di la espalda a aquel espectáculo lamentable y cuando ya estaba a punto de salir, alguien gritó... eh Hanta qué te parece todo esto, qué te parece todo esto viejo Topo? Giré la cabeza y detrás de mi, a pleno sol vi a un joven con un gorro americano de color naranja, con una botella de leche y con el brazo teatralmente levantado, como el de la estatua de la libertad a la entrada de Nueva York que sostiene una antorcha, el joven reía, tal vez les caía bien a todos esos jovencitos, tal vez me conocían de antes, tal vez me habían seguido con la vista durante todo el tiempo que erré por la sala tirándome de los pelos y ahora se alegraban de mi derrota... Riendo a mandíbula batiente agitaban sus guantes amarillos y naranjas en el aire; yo

escondí la cabeza entre las manos y arranqué a correr para huir de aquella risa amenazadora, huía a través de un largo pasillo ribeteado de millares de paquetes de libros y, a medida que avanzaba, los libros se precipitaban hacia atrás. Al final del largo pasillo me detuve; no pude resistir la tentación de desenvolver los paquetes para ver cuáles eran esos libros que habían ejecutado su venganza hiriendo los dedos de los niños: se trataba de Alicia en el país de las maravillas, en dos tomos, saqué un ejemplar y comprobé que había salido en un tiraje de 150,000 ejemplares así que más de 1/4 de millón de Alicias luchaban con los deditos de los niños..."

6

Bohumil Hrabal a través de Hanta, el protagonista de la novela, vive su calvario, se esmera para que los fardos sean diferentes, debe prolongar su jornada como si quisiera mantener con vida a los libros que debía destruir. Cuenta que había recibido unos 600 kilos de reproducciones de maestros célebres, seiscientos kilos empapados de Rembrandt, Hals, Monet, Manet, Klimt y Cézanne con los que embellecía aquellos paquetes y al anochecer se deleitaba contemplando aquella belleza en fila india delante del montacargas adornado con Ronda de noche, Saskia, el desayuno sobre la hierba, la casa del ahorcado o el Guernica y decía el Boumi que en el corazón de cada paquete descansaba aquí Fausto, allí Don Carlos, aquí, entre cartones sangrientos, Así habló Zaratustra, y que solo él sabía cual de esos paquetes servían de sepulcro a Goethe y a Schiller, cuál a Holderlin y a Niestzsche. "Yo soy al mismo tiempo el artista y el único espectador, y por eso cada día termino rendido y muerto de cansancio, agotado y trastornado y, para moderar y disminuir ese terrible desgaste de mi mismo, me tomo una jarra de cerveza tras otra y por el camino hacia la taberna Husenský tengo tiempo suficiente para meditar y soñar con el aspecto, con la belleza de mi próxima bala de papel".

Estoy seguro que debe haber pocos finales de una novela tan estremecedores que el de Una soledad demasiado ruidosa, no debe haber lector que no sienta y se sienta interrogada sobre que significa darle sentido a una vida y a un trabajo, y qué significa la entrega total por una causa.

Una parábola que bien podríamos interpolar con el presente.

Omar Hefling

Contame-la →

Culturas y Géneros

10.01.2026

Leyes y latencias

Soledad González

Cocineras y huerteras vendiendo alimentos en las calles de Río de Janeiro, en 1875. Marc Ferrez/ Colección Instituto Moreira Salles - Revista Pesquisa (Brasil)

La guerra de sucesión española, entre 1700 y 1714, significó el fin de la hegemonía del imperio español en Europa. "El siglo de las luces" tiene su inicio en 1715 y hacia 1794 en Francia se decreta la emancipación y la abolición de la esclavitud. Tres años después de

la revuelta de Haití de 1791. Pero Napoleón Bonaparte la restablece por decreto en 1802. Recién en 1807 Inglaterra votará la supresión de la trata de negros y comprometerá a Francia en la misma dirección. Acto seguido, en 1808, Napoleón suprime la inquisición española. Se suspenden las hogueras por delitos de herejía y brujería en una Europa en guerra.

Vale la pena agregar que del siglo VII hasta fines del XIX existió la trata árabe musulmana, conocida como trata oriental o transahariana, que deportó entre 12 y 14 millones de africanos. Y desde fines del siglo XV a fines del XIX son deportados entre 12 y 18 millones a América a través del Atlántico, de los cuales unos 2 millones perecen en los viajes. El mito del buen salvaje, como alegoría inestable, se superpone a estas realidades donde árabes musulmanes y europeos cristianos se aprovechan y cazan al que vive en mayor equilibrio con la naturaleza, "el primitivo", que carece de supremacía bélica. Esto es así hasta bien entrado el siglo XIX. La abolición definitiva en Francia se dará en 1848.

¿Vieron la película *Lazzaro felice/Lázaro feliz*? Es de 2018, estuvo en Netflix, una perlita. Es una alegoría inestable que habla de la felicidad en términos de libertad y dignidad. Veánla. Es muy triste.

Lazzaro Felice

En México, durante su guerra de independencia, se abolió la esclavitud en los territorios rebeldes, al mismo tiempo que, en Argentina, la Asamblea del año XIII sancionó la "libertad de vientres". Pero fue en la Constitución de 1853 que se declaró abolida la

esclavitud en la Nación Argentina, aunque Buenos Aires tardó hasta 1860 en adherirse completamente.

Estos cambios que representan un límite a la crueldad, que nunca se va, se dan primero por una latencia... es cuando lo naturalizado empieza a verse mal a los ojos de la sociedad y se vuelve un asunto público. Lo público se transforma en los parlamentos gracias a las leyes. Pero, se nos viene la pregunta: ¿qué parlamentos y qué leyes pueden significar un progreso civilizatorio?, y ¿qué parte de la civilización comulga con los derechos humanos? Y las preguntas pueden seguir: ¿cuándo se vuelve necesaria la ley?, ¿cuándo favorece a muchxs? ¿o cuándo perjudica a quienes pueden ser escuchadxs?

Hacia mediados de siglo XIX, la primera constitución argentina y la forma de nuestro poder judicial fueron calcadas de Estados Unidos, un país que exterminó a sus originarios y se constituyó en imperio, aunque ande basculando por estos días. En nuestras luchas intestinas parece que Buenos Aires nunca escatimó recursos para comprar voluntades y votos. Prácticas que son replegadas como la trata y la esclavitud, no son diferentes a las formas de despojo y apropiación ilegítima de la tierra, sus habitantes y sus patrimonios. Lo que anda pasando sin cesar en el interior del país. Lo que le pasó al indio y al gaucho en 1880. La ley se encargó de cambiar un orden de cosas dados por otro orden inflexible y violento.

Para Leonor Zalabata, lideresa de una comunidad del pueblo arahuaco de la Sierra Nevada de Colombia, las diferencias son nuestra mayor riqueza. Para Leonor la violencia contra las mujeres y contra sus territorios es lo mismo. "Muchas de estas comunidades originarias de Abya Yala nos sabemos guardianas de la tierra y de la experiencia espiritual", explica. Como un derecho humano elemental para vivir en equilibrio. No es lo mismo pensar con música, escuchando la naturaleza, que sólo escuchar la voz interna y el ruido de las urbes. No es lo mismo compartir prácticas de respeto hacia la tierra desde la primera infancia que no tener estas experiencias primordiales nunca.

¿Cómo resistir en el día a día a los monopolios y las industrias culturales?, ¿cómo escuchar otros relatos, como el de Leonor, que desordenen el imaginario colectivo tan acomodado en dicotomías persistentes?

Las industrias del cine direccionan nuestros
sueños, alimentan nuestro inconsciente
colectivo, crean alegorías, a veces, espantosas.
En la reciente pandemia de 2020, los premios

Parásitos

Oscar distinguieron como mejor película extranjera a la surcoreana *Parásitos*, ¿se acuerdan? Ahí se nos instruía sobre "las maneras de sobrevivir en familia" a situaciones adversas: un padre plantea al hijo "no hacer planes" para no fracasar, un hijo planifica guiones para seguir adelante con pequeños engaños, una madre dice creer que si tuviera las comodidades de la mujer rica también sería amable. Mientras que la hija, solicita al padre: "no pienses en los otros, preocúpate por nosotros." Las imágenes de violencia y el aditivo paródico contra Corea del Norte, habrán sumado. Se entiende que la Academia haya sabido apreciar esta película. Este relato que hizo tanto ruido en los medios, nos habló. Nos dijo alegóricamente que todos los valores se licuan ante las urgencias por sobrevivir y progresar. La pandemia le dio un contexto perfecto.

Para toltecas y mayas, cada civilización requiere de una organización piramidal, en la base la economía, luego la salud, le sigue la educación y en la cima la espiritualidad o energía, nombradas así en mi lengua.

Mientras la economía, la salud y la educación siguen en jaque desde la pandemia, las resistencias van cambiando a gran velocidad, como nos vienen acostumbrando. Muchas personas docentes en la educación pública trabajan poniendo la intención en respetar la diversidad de culturas y la equidad de géneros, en una perspectiva en derechos humanos. Es una pequeña, pero persistente acción directa que da sentido a la educación pública. La ley de cupo, que para muchas personas resultó dura y controversial como idea en su momento, indica nomás que el tipo de representatividad democrática que tenemos no nos asiste ni comprende a todxs.

¿Qué podemos esperar de nuestras leyes y de nuestra educación? Cuando la realidad es tan dura y la crisis tan profunda, todas las certezas basculan: ¿Cómo nos protege la ley?, ¿Qué nos están enseñando y qué aprendemos? Es posible y probable con tanto ruido que busquemos un lugar de descanso en la ficción. En ese orden simbólico donde se acoplan pensamientos y sueños. En ese imaginario que une orden práctico con orden utópico. Seamos guardianes de nuestra experiencia espiritual, como la nombra Leonor. Un gesto individual sencillo podría ser desistir del entretenimiento direccionado para escuchar otras voces cercanas de Abya Yala y de África. El mundo que nos contiene se superpone con el que anhelamos.

Soledad González

Contame-la →

El arte es para el hombre

10.01.2026

Adrián Savino

Sucedió en la Ferretería ZZ Top.

La llamo así porque los dos hermanos que la atienden, se parecen bastante a los miembros de esa banda de blues-rock tejana.

Paso una mañana por allí, y la música que suena me distrae de lo que voy a buscar.

Buen día, les digo a los hermanos, y señalándoles el parlante, agrego: *Buffalo Springfield.*

Entusiasmados como dos beduinos que se encuentran con un semejante en pleno desierto, ellos comienzan a darme charla sobre cómo Neil Young a los ochenta está más

rockero que nunca.

Yo les comento que hoy, cuando esa manera de hacer música parece estar convirtiéndose en una pieza de museo, no dejan de surgir sin embargo asombrosos signos de vitalidad. Les cito, por ejemplo, el último disco de Divididos.

Ellos me dicen que efectivamente, lo habían escuchado tres veces la última semana. Y me hablan también del último de Eruca Sativa, y gente más joven como Milo J y Dillom.

Uno de los Hermanos Ferreteros concluye, como pensando en voz alta: "Es como si en tiempos de crisis como éstos, aflorara más la creatividad".

Me quedo pensando en esa frase al salir, minutos más tarde, con los veinte tacos fischer del 6 con tope que necesitaba.

Recuerdo, de paso, una frase bíblica que leí hace poco en un libro de psicología. Se le atribuye al mismísimo Jesús, y dice así:

"El sábado ha sido instituido para el hombre, y no el hombre para el sábado".

O sea que la Ley está a nuestro servicio, y no a la inversa como a menudo nos quieren hacer creer.

Y esa convención social conocida como "arte", tampoco escapa a las generales de la contundente frase cristiana.

Lo que damos en nombrar de ese modo, cuyo principio activo se sintetiza, por ejemplo, en que "si trabajás al pedo y estás haciendo algo nuevo, ¡adelante!".

Lo esencial, entonces, es el deseo. El resto viene por añadidura, y allí entra buena parte de toda esa bola institucional-consagratoria del arte y coso.

Pero si el deseo pasa menos por tener algo que decir, que por formar parte del "circo de los artistas", entonces estamos fritos, angelitos.

Y tener algo para decirle a la ciudadanía del mundo actual, recurriendo a las viejas formas instituidas, pinta, de mínima, como una tarea muy complicada.

¿Qué hacemos entonces? ¿Nos quejamos de que ya no nos leen, no nos escuchan, no pagan entrada para vernos, no nos apoyan? No, ches... como que no da.

Si nos metimos en esto de "hacer algo nuevo", fue justamente para buscar la manera de encontrarnos con el otro, y no para renegar de él.

Si el otro, por ejemplo, cree que Netflix es la superación de la literatura, pues tratemos de demostrarle que no, ¡que está equivocao pa´la mierda!

Pero eso nomás va a ser posible y viable, siempre que respetemos y asumamos sus códigos, por lejanos que parezcan a los nuestros.

Porque a fin de cuentas eso nuevo que hacemos o intentamos hacer, tendrá que estar destinado, prodigado, a ese Otro; porque si no, no será nada.

Corta la bocha.

Y si en el camino hay que reconvertirse y hasta echar mocos, ¡ok, adelante!

Como bien supo expresarlo Ray Davies de *The Kinks* (contemporáneo de *Buffalo Springfield*, y sofisticado autor decimonónico "reconvertido" en *rockstar*):

Preservando a las viejas formas / de ser abusadas. / Protegiendo a las nuevas / para mí y para vos. / ¿Qué más podemos hacer?

Adrián Savino

Contame-la →

Leandro Blanco Pighi, viajero y escritor

10.01.2026

Entre viajes y crónicas, poniendo al límite la experiencia vital

Santiago Pfleiderer

Año 2022. Cuatro jóvenes cordobeses viajan desde Córdoba hasta Ciudad del Cabo (Sudáfrica). El sueño, la locura: atravesar el continente africano en bicicleta para llegar a Qatar. 10.000 kilómetros, seis meses de viaje, la Copa del Mundo. **Leandro Blanco Pighi** cuenta en primera persona esa gesta épica en ***Del Pedal a la Gloria***, su nuevo libro. El viajero y escritor repasa quince años de viajes y una historia increíble.

Leandro Blanco Pighi (Gentileza)

De bitácoras y astrolabios

Muchos hemos admirado desde siempre ese ímpetu rebelde, osado, arriesgado y libre de aquellas personas que deciden, en algún punto, largar todo y volcarse a la aventura.

Quizá no todo viaje sea una aventura, pero hay viajes que se convierten en épicas, no sólo personales sino colectivas, desde ese momento en que una comunidad, grande o pequeña, comienza a seguir con expectativa los pasos recorridos.

Los viajes nos conectaron desde siempre y nos han permitido conocer el mundo desde la remota noche de los tiempos. Los diversos cronistas de esas expediciones, ya sean coloniales, científicas o comerciales, nos han permitido tener una visión particular acerca de los rincones y de las culturas más extrañas de nuestro planeta. En esta nota (https://www.tierramedia.com.ar/l/latinoamerica-a-barro-y-fuego/) de la edición de noviembre de **Tierra Media** realizamos un recorrido acerca del valor periodístico y

literario de las crónicas de viaje, resaltando obras y personalidades que siempre siguen empujando a armar mochilas.

Leandro Blanco Pighi es uno de esos tipos que, desde muy joven, se puso al hombro la tarea de recorrer el mundo y de narrarlo. Porque no se trata sólo de ser un turista eterno: el viajero respira mundo, lo vive con el cuerpo. Cada kilómetro es una anécdota, un aprendizaje, una nueva manera de sentir y de pensar. Y cuando, en ese proceso, aparece la escritura, no hay vuelta atrás.

El viajero y escritor **Leandro Blanco Pighi** nació en la ciudad de Córdoba el 13 de julio de 1990. Estudió Comunicación Social y, en medio de algunos viajes realmente increíbles, publicó tres libros con esas experiencias. Pero no sólo se dedicó a escribir, también descubrió un nuevo camino en la docencia y en la tarea de ser mentor y editor.

Dicen que viajando se fortalece el corazón

En el año 2015, y luego de un apasionante y revelador viaje por la India, Nepal y por el Sudeste Asiático, Blanco Pighi publicó su primer libro de viajes, *Viajero Intermitente: de Delhi a Kuala Lumpur*. Esa obra ya marca un quiebre: una edición independiente con un diseño e imágenes atrapantes, pero también con las reflexiones humanas, muy humanas, de quien se sabe parte de una experiencia que se vive a nivel celular.

Luego, a comienzos de 2022, presentó *Corazón de Planisferio*, su segundo libro. Tapas duras, otra gran apuesta de diseño, y 489 páginas que te dejan sin aliento. La escritura de este libro ocurre en Noruega, tiempo atrás, donde el cronista había quedado extasiado con la experiencia de las Auroras Boreales del Ártico. Pero antes de llegar a esos paraísos de luces y hielo, Leandro realizó un viaje de locura: se fue a dedo, haciendo autostop, desde Córdoba hacia el extremo norte de Canadá y Alaska.

Después de haber realizado innumerable cantidad de viajes, desde mayo de 2022 comenzó a formar parte de otra tremenda gesta: cruzó el continente africano en bicicleta -10.000 kilómetros- junto a otros tres cordobeses, desde Ciudad del Cabo (Sudáfrica) hasta Doha (Qatar), y allí presenciaron la gloria mundialista de la Scaloneta. De esta travesía nació *Del Pedal a la Gloria* (2025), una obra emocionante donde los nervios del viajero se viven a flor de piel. Las emociones, los miedos, las frustraciones, el cansancio y la felicidad extrema. África y Medio Oriente atravesados en bicicleta para poder ver a la Selección Argentina de Fútbol levantar la Copa del Mundo.

Vida nómada

Las experiencias de **Leandro Blanco Pighi** son tantas, que aprovechamos para leer y reseñar brevemente sus libros, y conocer más en profundidad lo que significó cruzar el

continente africano en bicicleta. Pero también para conocerlo a él, su historia y su actualidad. Desde **Tierra Media** hablamos con Leandro para que nos cuente su vida, una vida de película.

-¿Qué te motivó a empezar a moverte? ¿Cine, lecturas, o es algo que ya venías masticando?

-Las motivaciones son muchas, de hecho me costaría encontrar una en especial. Por una parte, me parece que viene del ADN, hay algo genético. Mis bisabuelos cruzaron el océano para venir a Argentina, desde Italia y desde Galicia, y ese movimiento entiendo que está en la sangre. Después, el cine y la literatura también me motivaron un montón. Si pienso en el cine se me viene a la cabeza la película del Che y Granados, *Diarios de Motocicleta*, los dos hicieron un viaje épico en moto por Latinoamérica, eso fue una gran inspiración. Si pienso en lecturas se me viene a la cabeza Juan Pablo Villarino.

Cuando yo empecé a viajar era otra época; no fue hace tanto pero era otra época en cuanto a cuestiones tecnológicas: no había Instagram, no había smartphones, y lo que yo hacía ya desde los últimos años de la secundaria era leer blogs de viajeros, y ahí me encontré con Juan Pablo Villarino que ya había viajado bastante; también con Nico Villaba. Las lecturas de ellos, tan cercanos y argentinos, mochileando y buscando la manera de extender los viajes sin estar dependiendo del dinero o de tener que ahorrar grandes sumas, sino simplemente salir a la aventura.

Después, con los años, aparecieron otras lecturas, otros autores: leer a Facundo Cabral y a Jack Kerouac, leer a distintos cronistas de distinta índole como a José Martí, el mismo Che Guevara y sus diarios de viaje. Si volvemos al cine, *Into The Wild* también fue un gran empuje y motor para ir a buscar a Alaska.

En Guayana Francesa leía *Papillon,* de Henri Cariérre, que transcurre en gran parte justamente ahí en la Guayana. El cine y los libros me hicieron buscar lugares, y todavía hay otros tantos que aún quedan en el tintero, como Comala, Zihuatanejo, y tantos otros.

En definitiva, hay mucha literatura y muchas películas que motivaron todo lo que sucedió después.

-¿Cuándo hiciste el 'click' y decidiste armar la mochila?

-El primer viaje fue a Europa, un mes de mochila, con ahorros. Junio de 2011. Mis primos y mi amigo Marian, que me esperaba en Barcelona, me motivaron mucho a hacerlo. Y ya en viaje me descubrí en una faceta de aventurero que me encantó. Durmiendo

donde sea, incluso en la calle, compartiendo largas charlas con linyeras y desconocidos varios por Holanda, Inglaterra, España, Francia y Portugal.

Y dentro de ese viaje es que surge el 'click', en Porto (Portugal). A días de tomar el vuelo de regreso a Córdoba, me prometí vivir así, de viaje, explorando y buscando.

-Sos Comunicador Social y escritor. ¿Cómo empezaste a vincular tus viajes con la escritura?

-El vínculo entre viajes y escritura surgió cuando fui a la India. Con veintidós años viajé con un amigo a Asia, y todo lo que veía y sucedía era completamente opuesto a lo que nosotros, desde nuestra cultura occidental, estábamos acostumbrados a ver, y surgió una necesidad imperiosa de compartir y de comunicar todo eso que estaba viviendo. Ahí creé un grupo de Facebook donde iba subiendo a diario las crónicas del viaje.

Ese grupo comenzó con familiares míos y de mi amigo, y amigos en común, y se fue sumando más gente que quería leer esas crónicas. Esos textos, alentado por ese grupo de gente, se convirtieron en mi primer libro, *Viajero Intermitente: de Delhi a Kuala Lumpur.* Ambas pasiones fueron creciendo de la mano, porque de los viajes que vinieron después surgieron crónicas para diferentes medios; empecé a escribir para diarios, revistas y sitios web. Después vinieron mis otros libros, y en el medio hubo toda una promesa de fondo que me hice de vivir por y para las palabras, un poco en rebeldía por escuchar a tantos escritores que vivían la escritura como un *hobbie*; esa cosa de que se necesitaba un trabajo estable y, si te quedaba tiempo, escribir y vender tus libros, y a mí eso me chocaba mucho. Yo quiero escribir y vivir de las palabras, y fui buscándole la veta para poder encaminarme en ese propósito.

-*Viajero Intermitente* es tu marca, tu sello personal. ¿Cómo nació esa idea?

-Lo de *Viajero Intermitente* es muy gracioso, de hecho no sé si alguna vez se lo conté a su autor intelectual. Yo estaba estudiando Comunicación Social, y uno de los profes con los que más onda tenía era Eduardo De la Cruz, y para no interrumpir los semestres de la facultad trataba de promocionar todas las materias y me iba de viaje en los períodos de vacaciones. Un día estaba entrando a clases y escuché que Eduardo, que estaba dando una clase de apoyo, me gritó "¿cómo anda el viajero intermitente?". Y fue muy loco porque yo justo estaba buscando el título para mi primer libro. Siempre me costó encontrar los títulos, y estaba en esa búsqueda. Cuando escuché lo de "viajero intermitente" dije "¡Claro, es por ahí", y quedó. Después pasó el tiempo, llegó Instagram, y hoy en día hay gente que me saluda como Viajero y no sabe mi nombre.

-Actualmente te dedicás a formar escritores, enseñás a editar libros y das charlas motivacionales. Contáme un poco más acerca de eso.

-Todo eso surgió de esa promesa de vivir por y para las palabras, y porque me gusta mucho enseñar, transmitir y compartir conocimiento. Mucha gente me preguntaba cómo había hecho para publicar mis primeros libros, y así surgió el deseo de compartir esa experiencia a través de talleres de escritura creativa, luego talleres que enseñaban cómo publicar libros propios. Eso hizo que gente que llegaba a mis talleres tuviera la necesidad de seguir puliendo sus textos, y ahí surgió mi rol de editor. Empecé a acompañar a personas que ya tenían su libro pensado y a otras que simplemente tenían una idea, y había que acompañarlas desde cero.

Publicar un libro es el sueño de muchas personas, y cada vez llega más gente a mí desde ese lado y me encanta. También llega mucha gente que busca la escritura como un canal terapéutico, y doy talleres desde ese costado también. Cada vez estoy más abocado a vivir por y para las palabras, a transmitir el poder que tiene la escritura como herramienta literaria y creativa, como también terapéutica y catártica.

Las charlas motivacionales llegan más del lado de la experiencia, de cómo poder realizar viajes de la manera en la que los hice. Hubo algunos viajes que fueron realmente épicos, como irme a dedo desde Córdoba hasta Alaska, o cruzar África y Medio Oriente en bicicleta para llegar al Mundial de Qatar. Ambos viajes, y casi toda mi vida tiene mucho eso, buscar desafíos grandes y cumplirlos. Entonces ahí se desprende lo de las charlas. Me encanta ir a escuelas y poder transmitir las diferentes formas de vida que hay y, sobre todo, dejar en claro que todos nosotros tenemos un potencial infinito dentro, y que somos capaces de hacer lo que queramos. Ese es mi slogan, mi lema: *sos capaz de todo lo que quieras*. Y la idea no es sólo demostrarlo desde mi experiencia, sino fomentar desde las charlas que la gente se anime a soñar y a cumplir sus sueños.

-¿Escribir es como viajar? ¿Te libera de algo, o te carga?

-Te libera, al cien por ciento. Está comprobado que después del llanto, la escritura es la segunda acción que más libera emociones.

-En 2022 realizaste un viaje en bicicleta de más de 10.000 kilómetros desde Sudáfrica hasta Qatar atravesando todo el continente africano, con la idea de llegar a ver a la Selección de Lionel Scaloni en ese Mundial. ¿Cómo se gestó esa travesía y con quiénes la llevaste a cabo?

-La travesía a Qatar la hice con tres amigos: Lucas Ledezma (https://www.instagram.com/lucasledezma.99/) , Silvio Gatti (https://www.instagram.com/sigoenviaje/) y Matías Villarruel Vercesi (https://www.instagram.com/viaja_con_cabeza/?hl=es) . El viaje surgió porque Lucas, desde el año 2014, sigue a la Selección en los torneos más importantes, en bicicleta. Empezó en el Mundial de Brasil, y después siguió por Copas América, Juegos Olímpicos, y Mundiales. Lo conocí en 2019. Yo venía de pedalear en el invierno europeo y él de pedalear en el Mundial de Rusia 2018. Nos conocimos recorriendo en bicicleta el Camino de los Siete Lagos, en nuestra hermosa Patagonia, y ahí empezó la idea medio en joda de "si vas a Qatar lleváme, lo hagamos en bici cruzando África", y así. Fue pasando el tiempo y la idea fue leudando. Se acercaban el 2022 y el Mundial y dijimos "eso que deliramos una vez hay que concretarlo". Se sumaron el resto de los chicos y ahí empezó todo.

Volamos desde Córdoba con las bicis en cajas. Llegamos a Ciudad del Cabo, armamos las bicis y empezamos a pedalear. 10.000 kilómetros, seis meses, trece países, y el sueño, que luego se terminó cumpliendo, de ver a Argentina campeona del mundo, ahí, *ao vivo*.

-Me imagino que habrán recibido ayuda permanente y sponsors para realizar tremendo viaje.

-Sí, tuvimos marcas que nos apoyaron mucho, como Venzo, Treggo, y tantas otras. Pero la ayuda constante de la gente también fue importantísima. En ese momento nos llegaban mensajes de personas que nos decían "bueno, chicos, ustedes con sus historias diarias en Instagram son mi Netflix, así que esto es para ustedes", y nos transferían plata con la app de Cafecito. Eso, de parte de la gente que estaba lejos, pero la gente de los lugares también nos ayudaba un montón. Nosotros cuatro éramos la cara visible de todo ese sueño pero, en realidad, siempre dijimos –y lo confirmo cada vez más- que en nuestros pedales empujaba mucha gente. Era una locura la cantidad de mensajes que nos llegaban de apoyo, recibimos mucha ayuda.

Y más allá de todo lo hermoso que fue ver a Argentina campeona del mundo, lo que más me queda de ese viaje es la gente que conocimos, la que nos abrió la puerta de su casa, desde el que menos al que más tenía. Todos estuvieron dispuestos a compartir. Me quedo con eso en el corazón.

-¿Un momento glorioso y un momento de terror de esa travesía?

-Momentos gloriosos, ¡miles! Muchas cosas increíbles por día nos pasaron. Si tengo que quedarme con uno, quizá sea la aparición de animales salvajes al costado de la ruta en Botsuana. Elefantes, jirafas, cebras, hienas; parecía estar haciendo un safari en bici. Animales increíbles que uno sólo veía en los documentales del *Discovery Channel*, así que eso fue realmente alucinante.

Después, pedaleando desde El Cairo a Giza, aparecieron esas pirámides gigantes al frente, una cosa increíble.

También nos pasó, en Malawi, de hacer partiditos de fútbol en canchitas, potreros, en cualquier arena, con niños y gente de todas las edades, cuatro contra cuatro, y sentíamos que representábamos a nuestra Selección. A uno lo ganamos. En Tanzania jugamos otro, más formal, pero a ése lo perdimos. Uno a uno (risas).

Una de terror nos pasó en Belén, Palestina. Desde Jerusalén cruzamos el muro que separa a Israel de Cisjordania. Hicimos el "checkpoint" con la milicia israelí, y cruzamos a territorio palestino. Dimos algunas vueltas con las bicicletas, conocimos varios lugares, y nos íbamos a conocer un campo de refugiados porque teníamos unos regalos que llevar a los niños de ahí. Llegando al campo de refugiados vimos que había niños jugando a la pelota en la calle, y cuando nos estábamos acercando sentimos un estruendo gigante. Lo primero que pensé fue: "una bomba". Lo miré a Lucas que estaba medio en shock contra una pared; y los chicos que jugaban huyeron. Al instante se sintió otro estruendo. Cuando miro al cielo, veo que volaba algo de color blanco. No entendíamos nada. Agarramos las bicis y nos pegamos la vuelta por donde habíamos venido. De repente me empieza a picar la garganta, los ojos, toda la cara, y un señor que estaba ahí nos explicó, con toda la calma, que eran gases que siempre tiraban para dispersar. Fuimos a buscar refugio a lo de un palestino que nos había recibido antes, y le contamos lo que había pasado. "Estamos acostumbrados", nos dijo. Y eso me voló la cabeza, la naturalización que uno puede vivir en las situaciones de un conflicto tan largo como ese. Esa historia está en mi libro, porque el palestino que nos recibió nos pidió que contáramos lo que habíamos visto ahí ese día. Eso realmente me impactó mucho.

-¿Qué sentiste cuando la Selección Argentina levantó la Copa del Mundo en Qatar?

-Fue un momento en que se juntó todo. Se empezaron a proyectar en mi cabeza imágenes del viaje, recuerdos de mi familia, de mis amigos de Córdoba, de mi viejo que es recontra futbolero, de gente que fuimos conociendo, de todo lo que sucedió para que pudiéramos llegar ahí, y de todo lo que vivimos en Lusail.

En el momento exacto en el que entró el último penal nos abrazamos, lloramos. Fue un momento en el que todo empezó a cobrar sentido: el viaje mismo y, a la vez, todo lo hecho para realizar ese viaje; pero también todo lo previo, como los viajes anteriores, y poder conocerlos a Lucas, a Silvio y a Mati. Pensé: "todo sucedió de manera perfecta para que hoy estemos acá celebrando este momento, viendo a Messi lograrlo".

Puede que no viaje o que no escriba nunca más, o que mi vida cambie por completo, pero ése es un momento que no se olvida nunca. Toda la existencia cobra sentido en ese instante, en esa milésima de segundo en que la pelota traspasa la línea del arco.

Click para ampliar

(Fotos: Gentileza LBP)

VIAJERO INTERMITENTE

-¿En qué andan tus compañeros de viaje hoy?

-Con mis compañeros de viaje, hoy, estamos en una tarea maravillosa que es la de recopilar todo el material de ese viaje para publicar un documental. Las imágenes que tenemos son increíbles porque grabamos con Go Pro, con cámaras profesionales, con celulares, y con un dron. Hoy todo ese material está buscando salir a luz porque hay un deseo muy grande compartir todo lo que vivimos, y desde ahí inspirar a otros a que también se animen a cumplir sus metas, a plantearse objetivos grandes, así que estamos en esa labor.

-Después de ese viaje estuviste un tiempo en España y luego te estableciste en las sierras de Córdoba. ¿Cómo son tus días actuales?

-Hoy estoy viviendo en Santa Rosa de Calamuchita, y me parece, después de tanto andar, el lugar perfecto. Paz. Me despierto escuchando los pájaros; camino un par de cuadras y estoy en el río; para donde mire veo las montañas. Es un lugar realmente muy bello.

Y desde acá guío las mentorías de otros autores, edito otros libros, y siempre estoy escribiendo cosas para mí aunque después no se conviertan en libros. Doy talleres, presenciales y online; brindo dinámicas de escritura en retiros de otras personas. Ésa es la labor de hoy, inspirar a otros, poder poner al servicio de quién lo necesite el conocimiento que fui acumulando y experimentando en todos estos años de viajes. Escribiendo y transmitiendo, es el deseo profundo de compartir todas esas vivencias.

-Has recorrido más de sesenta países, pero, ¿a qué lugares volverías siempre que pudieras?

-Volvería a Tromsø (Noruega), a Mallorca (España), a México -a los lugares en donde ya estuve, y a los que me falta visitar también-. También volvería a Colombia. Y en África, volvería a cada rincón.

-¿Se viene otro gran viaje de cara al próximo año?

-No lo sé. Hoy el viaje es hacia adentro. Estoy intentando procesar los últimos quince años de vida nómada.

-¿Qué actividades vinculadas a tu nuevo libro tenés pensadas para los próximos meses?

-Tengo invitaciones de diferentes municipios para dar charlas en escuelas y en los municipios en general, y es algo que me gusta mucho. Así que, seguramente, cuando vuelva a comenzar el ciclo lectivo van aparecer las charlas en escuelas y universidades, y los talleres. Ahora es tiempo de pausa. Acabo de cerrar el año con un taller de escritura y con una *masterclass* para gente que quiere publicar su libro y no sabe cómo empezar.

Ahora llega un tiempo de tranquilidad, de respirar, de balance. Un balance profundo, no sólo de todo el 2025, sino de todo lo que pasó el último tiempo en mi vida para realmente saber hacia dónde enfocar la energía en los próximos meses.

-Un breve consejo para quien quiera animarse a viajar y escribir.

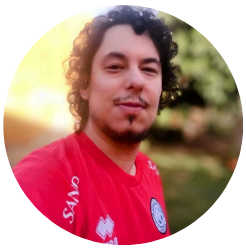
-Que lo hagan, como sea, que den el primer paso. Nadie se arrepiente nunca de ser valiente, y la vida pasar por ahí. Sería muy triste llegar a nuestros últimos días preguntándonos "¿qué hubiera pasado si me animaba?" *Si sueñan con algo, háganlo. Con miedo, o como sea, pero intenten. No se queden con la duda. Nada malo puede pasar, se los aseguro.*

Instagram (https://www.instagram.com/viajero_intermitente/)

Linktr.ee (https://linktr.ee/viajerointermitente?utm_source=linktree_profile_share&ltsid=0d83a7f2-a94b-4d49-a6b4-ca28319de5ea)

Del Pedal a la Gloria (https://viajerointermitente.mitiendanube.com/?utm_source=ig&utm_medium=social&utm_content=link_in_bio&fbclid=PAZXh0bgNhZW0CMTEAc3J0YwZhcHBfaWQMMjU2MjgxMDQwNTU4AAGnao3hf5JaOkViVFGk4ToN52QTonXeRGjaTG5BgjmPcXW-qsI6OWwHlyZlb0Y_aem_AkVW7BqpKTxoZVhVZaN0wg)

Contacto con el autor: viajerointermitente@gmail.com



Santiago Pfleiderer

En voz propia →

Los ensayos en clave feminista de Marina Porcelli

10.01.2026

Juan M. Saharrea

Marina Porcelli en *El tranvía que no paraba nunca. Sobre crímenes, fantasmas y pesadillas* (2024) toca varias puertas a través de un pasillo que reúne: el ensayo literario breve. Siguiendo la tradición de *Otras Inquisiciones* de Borges, una curiosidad surgida de las lecturas de la escritora, adquiere la forma de un signo de crítica literaria. Cada ensayo aventura una tesis, una idea a defender. Esas afirmaciones, a menudo, convergen, se amplifican o se refuerzan de un ensayo al otro. Emerge así un cuadro con una unidad espiritual, un tono y una visión personal de la lectura. La génesis de la publicación es la escritura de una serie de "ensayos policiales", que tuvieron su primera aparición en *Revista Casa de Tiempo* de México, entre 2019 y 2020.

Valga una larga enumeración a modo de muestreo de la ambición de *El tranvía…:* historias verídicas de asesinos confesos que matan a sus parejas o a sus madres. Historias verídicas de escritores y escritoras muertos a causa de su oficio, de su compromiso, de sus lecturas. Historias verídicas de feminicidas o víctimas de feminicidios. Historias verídicas de militantes –de las primeras militantes anarquistas de la región. También historias de aparecidos, de fantasmas, de muertos que vuelven. Ficciones de asesinos. El vínculo conceptual entre feminicidio y literatura policial. Lectura política de los géneros, de los personajes, de las tramas, del compromiso al escribir. El peso del error en la escritura. Las condiciones materiales de la escritura. Literatura postconolonial. Una lectura provocativa y admirada de la obra de Edgar Allan Poe.

A modo de carnadura de toda esta arborescencia hay factores unitivos. En esta reseña me gustaría exponer cuáles son, a mi juicio, esos flejes y juzgar algunas derivaciones de esas propuestas que convierten a este libro en una intervención crítica, más allá del universo sonoro donde se ubica que tiene relación con lo terrorífico, lo mortuorio, lo orillero, lo popular.

Antes de abordar el punto central, cabe decir algo de los antecedentes de Porcelli. Residente del prestigioso *International Writing Program in IOWA* (en Estados Unidos) –honor concedido a escritores como Gamerro, Casas, Gorosdischer, Cristoff o Libertella–, es una escritora de *carrera*. Así que prepárense para otra larga colección, en este caso, de méritos: con base en el periodismo cultural y la historia, ha publicado en diversos medios de Iberoamérica. Además del libro en cuestión tiene publicados varios libros de ficción y ensayos. Ha sido becaria de prestigiosas instituciones tanto públicas y privadas. Ha sido seleccionada para hacer residencias en Ciudad de México, Montreal y Shanghái. Ha obtenido varios premios literarios. Los dos más destacables son quizá el premio de cuento Edmundo Valadés (otorgado por el gobierno de México y en homenaje a un excepcional cuentista admirado, entre otros, por Rulfo) y el Premio Internacional de Novela Rosario Castellanos con su novela *De la ansiedad.* Ha obtenido una mención en el premio Casa de las Américas en la categoría ensayo. Ha dado talleres en el Observatorio de violencia contra las mujeres, en Salta, y el Seminario de Narrativa en la Universidad de Salta. Cuenta con obra traducida al inglés, alemán y chino. Los últimos años Porcelli escribe sobre boxeo femenino. Recientemente acaba de publicar *Boxeadoras* (2025) que es un relato histórico sobre el boxeo femenino en la Argentina que se propone, entre otras cuestiones, poner en entredicho la narrativa periodística en torno de las mujeres que pelean.

En *El Tranvía…* los ensayos están organizados en base a un modo de concebir la literatura que es político. Porcelli, en tal sentido, se sustrae de la apoliticidad tan marcada en la literatura sub 30, sub 40 que exhibe, a lo sumo, una política cultural de sentido común que no incide prácticamente nada en el total de los méritos estéticos que la singularizan. Para Porcelli lo político emerge como el espacio de lo común y de la enunciación. Quién dice y desde qué lugar lo dice resultan cruciales para entender los alcances de una obra literaria. En "Los Zapatos de Joaquin Penina", por ejemplo, Porcelli parte de un insulto en contra de Erdosain, hacia el final de *Los Lanzallamas,* para poner de relieve una operación narrativa con tintes políticos "[Arlt] reubica la

historia del personaje en el campo ideológico" (p. 93). Esa operación permite advertir del uso y justificación políticos de una muerte, algo que Porcelli ejemplifica en la historia de Penina, un militante cuya historia "[s]i Rodolfo Walsh [la] hubiera conocido [...], muy posiblemente, y por ciertas similitudes que dan cuenta de un accionar sistemático en la represión, lo hubiera incluido como antecedente de *Operación Masacre* (1957)" (p. 96). Esta visión, este modo de leer, va trazando una trayectoria común que se mantiene a lo largo del libro. Desde una referencia mínima a un cuadro general perfectamente inteligible y polémico.

Pero es en su análisis de "Los Crímenes de la Calle Morgue", donde Porcelli muestra con mayor ahínco su modo político de concebir la literatura. Apela a la idea de "mímesis" para interpretar al orangután asesino como un reflejo de la violencia contra las mujeres. La tesis aquí es que, además de ser el disparador del cuento policial moderno, los crímenes de la calle Morgue "funcionan como representación de los feminicidios en la literatura" (p. 36). ¿De dónde ha sacado la bestia asesina, que actúa por imitación –Poe lo explicita así– su violencia si no es de la violencia machista? (cabe reconocer que este vínculo entre mímesis y violencia está ratificado en la obra del antropólogo y crítico literario Rene Girard). Porcelli conecta esta idea con la noticia policial que inspira otro texto de Poe y que es, sin más, un feminicidio. Su convicción es que no hay forma de saber si Poe quiso exponer esta idea al escribir su relato. El caso es que si uno sigue el razonamiento, una inferencia factible es que en el germen del policial moderno hay una fascinación por los feminicidios. En este sentido, Porcelli sugiere algo que Rita Segato ha puesto de relieve: el cuerpo de las mujeres es un territorio de una guerra (un conflicto) de la que no son parte. Este anudamiento entre relato policial y opresión se replica en otros ensayos, como el referido al análisis de la obra de Chester Himes.

Alejada del mito romántico del artista auto creado, Porcelli conecta la politicidad de la literatura con las condiciones de producción. En su ensayo sobre el burro de Sancho Panza ("El burro de Sancho que desaparece") reflexiona sobre un hiato narrativo: la abrupta desaparición del animal que el ladero del Quijote tenía en la primera parte y de cuyo destino no sabemos sino hasta bien entrada la segunda parte, donde reaparece sin mayor explicación. Este "error" en un genio como Cervantes es leído como un índice de una forma desesperada de escribir. Porcelli extiende esta desesperación no solo citando otros célebres casos de yerro (la variación cromática en los ojos de Emma Bovary) sino tematizando las condiciones de la escritura en general. Su tesis, en este caso, es que errores de referencia o similares no horadan los méritos literarios de una

obra. Tal vez, podría pensarse, constituyen un mal necesario en tiempos que urgen. Un error que podría significar demérito en la ciencia o en un ensayo estilo *paper,* en una obra de ficción se postula casi como una oportunidad de apertura, como un resquicio para el deleite. En la actualidad muchos y muchas docentes aguardan el error en las producciones de sus alumnos y alumnas para no ver el rastro del Chat GPT en la hechura del texto. Del mismo modo, los errores en la narrativa confirman la humanidad en la producción, comprueban que el genio es resultado de un trabajo. Y no hay trabajo sin gasto, sin roturas, sin imprevistos.

El segundo hilo conductor que veo en *El Tranvía...,* tiene que ver con lo que cabe llamar, una crítica literaria en clave feminista. Es, sin dudas, un rasgo atado con el primer punto. Si lo destaco es debido a que se trata de un acento esclarecedor y que hace una diferencia importante. "En un lugar solitario. Mujeres detectives, autoras de policiales" Porcelli analiza la relación entre género y literatura a propósito de las mujeres que escriben policiales y cómo estructuran los personajes de mujeres detectives. En este sentido, no se detiene en la constatación de que en los policiales las mujeres no hacen demasiado y, a veces, hasta son un obstáculo para encontrar la verdad, sino que cuestiona el impacto de este dato en la estructuración formal del género al momento de producir. En sus palabras "[e]s común escuchar, en los talleres de creación literaria, estas confesiones de autoras jóvenes: sin explicarse bien por qué, empiezan escribiendo sobre protagonistas varones. Y pienso que quizá, o sin quizá, esto se deba a que *el personaje de la literatura es masculino*" (p. 64, énfasis mío).

Esta tesis absolutamente radical pero atendible se orienta no sólo a una presunta reforma experiencial que se seguiría de una lectura crítica. Si conceptualmente lo masculino es la búsqueda de la verdad, la que escribe necesariamente está ante un desafío enorme si pretende poner una mujer como voz cantante. Un desafío, ni más ni menos, de revolución formal. De nuevo aquí política y literatura están imbricadas para abrir preguntas que van más allá de una discusión circunscrita a la teoría política o social. Porcelli nunca se sustrae de un interés directo por la crítica literaria. En tal sentido, uno podría retrucarle, siguiendo esta parte de su planteo, que hay personajes femeninos que llevan la máxima expresión de una obra (Isabel Ascher en *Retrato de una Dama*, por solo mencionar una notable). Aunque sí podríamos conceder que, en este caso, no es Ascher quien cuenta aun cuando se cuenta *desde* su perspectiva. Esto sería una matización quizá antes que una objeción.

Otro ensayo que expresa la misma conexión entre género y literatura es "Mujeres Sudacas y anarquistas en cuatro cuadros", una colección de nombres olvidados por la historia (basado en una relectura del libro de Cristina Guzzo *Libertarias en América del*

Sur. De la A a la Z, 2014) de mujeres apresadas por protestar o resistir al orden vigente. En esa reconstrucción Porcelli insiste en poner sobre el tapete dos puntos: 1) nítidamente se ve que la militancia anarquista se ata a reivindicaciones feministas desde principios del siglo pasado, 2) estas mujeres no han sido escritas, sus acciones se han tomado solo excepcionalmente como base para relatos ficcionales o históricos pero sin duda podrían serlo. O más bien, *deberían* serlo.

Ambos rasgos, una lectura política de la literatura y una clave de lectura feminista que no impugna, no corrige, ni se plantea desde una episteme moral, convierten a la lectura de este libro, en una experiencia de auto-revisión de nuestra historia como lectores y lectoras. En ese sentido, el libro no es complaciente. Interpela sin exigir.

En la introducción a este libro, Porcelli cuenta un encuentro con Abelardo Castillo donde la autora certifica que la literatura y la vida son, a menudo, indistinguibles. Se me ocurren muchos puntos en común entre Castillo y Porcelli: la pasión por el box, la visión comprometida de la literatura, la apelación a autoras y autores injustamente olvidados (un afán justiciero en contra del olvido) y el posicionamiento justificado. Pero el rasgo común que más registré, al menos al leer *El tranvía...*, es la bellísima obsesión por Poe. Bien mirado parecen convencernos de que *everything is in Poe.*

En un momento donde toda referencia a libros o autores es tomada como atajos o máscaras para esconder la verdad del yo, este libro de ensayos recupera el valor de la enunciación y se sustrae del gesto escapista a la propia tradición que tan común resulta en nuestro tiempo. La tradición, como la definiera Gadamer, es "una condición fundamental para la comprensión". En Porcelli esa búsqueda de leer su tradición, de hacerse cargo, está presente en cada página. *El Tranvía...* es un libro de ensayos excelentemente documentado, escrito sin vehemencia pero con mucha pasión contenida en una prosa elegante, puntillosa y cuidada. Es además un libro político, con momentos de provocación y misteriosamente abarcativo. Digo "misteriosamente" porque es un libro lento, difícil de escribir y difícil de olvidar. Postula el gesto contracultural de la revisión, de la relectura, de la visita fortuita que es, a fin de cuentas, la única que nos genera ilusión.

Juan M. Saharrea

Exploraciones →

Mercedes Sosa – Suiza 1980

10.01.2026

Un registro en Suiza de **Mercedes Sosa** llega restaurado por primera vez a plataformas digitales.

Se trata de una actuación realizada en 1980, en un estudio de televisión en Suiza, junto al guitarrista **Nicolás Brizuela**, en pleno exilio, en un contexto sociopolítico marcado por la censura, la violencia y el desarraigo.

Grabada originalmente en formato VHS y escuchada únicamente por quienes estuvieron presentes en el estudio, esta presentación permaneció durante décadas

como un fragmento suspendido en el tiempo. Hoy, gracias a un minucioso trabajo de restauración y remasterización sonora, ese instante vuelve a hacerse audible por primera vez en Spotify y demás plataformas digitales, como cierre de año y a 45 años de aquel acontecimiento.

Este lanzamiento, producido por *Producciones Matus* junto a *Estudio Casa Rara*, forma parte de un esfuerzo sostenido por preservar y poner en circulación el patrimonio artístico de **Mercedes Sosa**, entendiendo la memoria sonora como un acto cultural y político. En este registro, la voz de Mercedes no solo canta: narra el compromiso con la vida y las ideas en medio del exilio, con la hondura y la verdad que la convirtieron en una figura esencial de la música latinoamericana.

Remasterización sonora: criterio y sensibilidad

El proceso de remasterización de **Mercedes Sosa – Suiza 1980** estuvo íntegramente a cargo de Conrado Silvela, Ingeniero de Mastering y creador del *Estudio Casa Rara*, quien abordó este material desde una perspectiva técnica rigurosa y, al mismo tiempo, profundamente sensible a su valor histórico y emocional.

En este proyecto, la mirada de Silvela —su criterio, su escucha y su experiencia— guía cada decisión, en un marco de cuidado y consenso con quienes resguardan hoy el legado de la artista. La remasterización se concibe aquí como un proceso técnico y artístico orientado a mejorar la calidad sonora del registro original sin alterar su esencia, respetando el contexto histórico, el carácter íntimo de la interpretación y la experiencia perceptiva de quienes presenciaron aquella transmisión en 1980.

Tal como explica el propio Silvela, remasterizar no implica simplemente corregir imperfecciones ni adaptar el sonido a estándares contemporáneos. Se trata de un trabajo minucioso destinado a extraer y poner en valor los matices más sutiles de la grabación original: la textura irrepetible de la voz de **Mercedes Sosa**, la cercanía expresiva de la guitarra de Nicolás Brizuela, las respiraciones, los silencios y la atmósfera particular del estudio de televisión suizo.

El resultado final presenta una mejora sustancial en la definición sonora, junto con una preservación consciente de la dinámica original —el material fue masterizado a –12 LUFS, un estándar que privilegia la naturalidad sonora por sobre la compresión extrema —, la restauración del espectro frecuencial, la reducción de ruidos y artefactos propios

del soporte analógico y la recuperación de la ambiencia natural del espacio donde este concierto fue grabado.

El impacto de este trabajo no es solo técnico, sino también emocional: la voz de Mercedes se percibe más cercana, más presente, más humana. Cada acorde de guitarra, el aire del espacio y la intensidad de la interpretación emergen con una nueva profundidad, permitiendo que el oyente actual sienta la experiencia como si estuviera allí, en ese estudio en Suiza en 1980.

Restauración de audio: Conrado Silvela – Ingeniero de Mastering Estudio Casa Rara (https://instagram.com/casararamastering)

El diseño de portada de **Mercedes Sosa – Suiza 1980** fue realizado por Nicolás Baumgartner, Motion & Brand Specialist, para *Estudio HelloBanganga*.

La propuesta visual evoca la estética gráfica de los Juegos Olímpicos de la década de 1980, a través del uso de una tipografía sans geométrica, moderna y de gran claridad, propia del lenguaje visual televisivo de la época. Este elemento tipográfico contrasta con la textura editorial aplicada a la fotografía, generando un diálogo entre archivo y contemporaneidad.

El resultado es una reinterpretación visual que actualiza los códigos estéticos de los años 80 para el contexto digital de 2025, acompañando el trabajo de restauración sonora desde una lógica curatorial coherente: preservar sin congelar, traer al presente sin borrar el tiempo.

Foto: Gentileza Prensa "Mercedes Sosa - Suiza 1980"

Foto: Gentileza Prensa "Mercedes Sosa - Suiza 1980"

CANCIONES

MERCEDES SOSA – SUIZA 1980 (Remastering 2025)

1. Entrevista

2. Piedra y camino (Atahualpa Yupanqui)

3. Chacarera de las piedras (Atahualpa Yupanqui)

4. Guitarra, dímelo tú (Atahualpa Yupanqui)

5. Duerme negrito (Atahualpa Yupanqui)

6. Ay este azul (Pancho Cabral)

7. Gracias a la vida (Violeta Parra)

8. Canción de las simples cosas (Armando Tejada Gómez – César Isella)

9. Antiguo dueño de las flechas (Félix Luna – Ariel Ramírez)

10. Como la cigarra (María Elena Walsh)

11. Serenata para la tierra de uno (María Elena Walsh)

Origami accesible

10.01.2026

Cuando el arte del papel se convierte en un derecho cultural

Noelia Pajón

En un mundo que todavía construye barreras, una hoja de papel puede ser la puerta. El origami —esa técnica ancestral del plegado japonés— está viviendo una nueva etapa: convertirse en un lenguaje accesible y multisensorial que permite que personas con discapacidad puedan experimentar el arte desde el tacto, la vista, el cuerpo y la emoción. Lo que antes parecía un hobby silencioso y solitario, hoy se transforma en un puente comunitario que genera inclusión, autonomía y creatividad compartida.

En Latinoamérica, en Córdoba y en distintos países del mundo, artistas, docentes, instituciones y colectivos culturales están reescribiendo la historia del papel: lo vuelven táctil, lo vuelven sonoro, lo vuelven más grande, más simple, más complejo, más libre.

Lo convierten en un espacio donde todas las personas —ciegas, sordas, neurodivergentes, con discapacidad intelectual o motriz — pueden participar sin ser espectadoras externas del arte.

Un arte que se adapta a todas las manos.

El origami es accesible desde su esencia: requiere poco, puede repetirse una y otra vez, no discrimina edades ni niveles educativos y permite trabajar a distintos ritmos. Pero

además, los nuevos enfoques inclusivos amplían esa accesibilidad.

Para **personas ciegas** o con **baja visión**, se usan papeles texturados, pre-marcados en relieve, modelos táctiles y secuencias narradas.

Para **personas sordas**, se emplean diagramas visuales claros, videos en lengua de señas y traducciones accesibles.

Para **personas con discapacidad intelectual**, el proceso secuencial del plegado ayuda a ordenar información, estabilizar emociones y generar foco.

Para **personas con discapacidad motriz**, se utilizan papeles más firmes, piezas grandes, apoyos ergonómicos y movimientos suaves.

El origami, en esta dimensión, es más que arte. Es un medio pedagógico, terapéutico, sensorial y emocional.

Organizaciones e instituciones que están plegando la accesibilidad.

En **Argentina**

* **Museo de Arte Moderno de Buenos Aires (MAMBA)**: ha incluido experiencias multisensoriales donde el papel y el plegado se usan como medio accesible.

* **Bibliotecas populares y centros barriales**: en distintas provincias se desarrollan espacios de arte inclusivo que integran origami como actividad neuroeducativa.

Y en el **mundo**

* **Japón** – Talleres táctiles de origami comunitario en escuelas y centros de rehabilitación, pioneros en adaptar modelos para personas ciegas mediante relieves y texturas.

* **Reino Unido** – Colectivo de arte accesible basado en geometría del papel, donde se exploran patrones táctiles y plegados para adultos mayores.

Estas instituciones, aunque diversas, comparten algo esencial: entienden que el arte no debe ser un privilegio sino un territorio compartido.

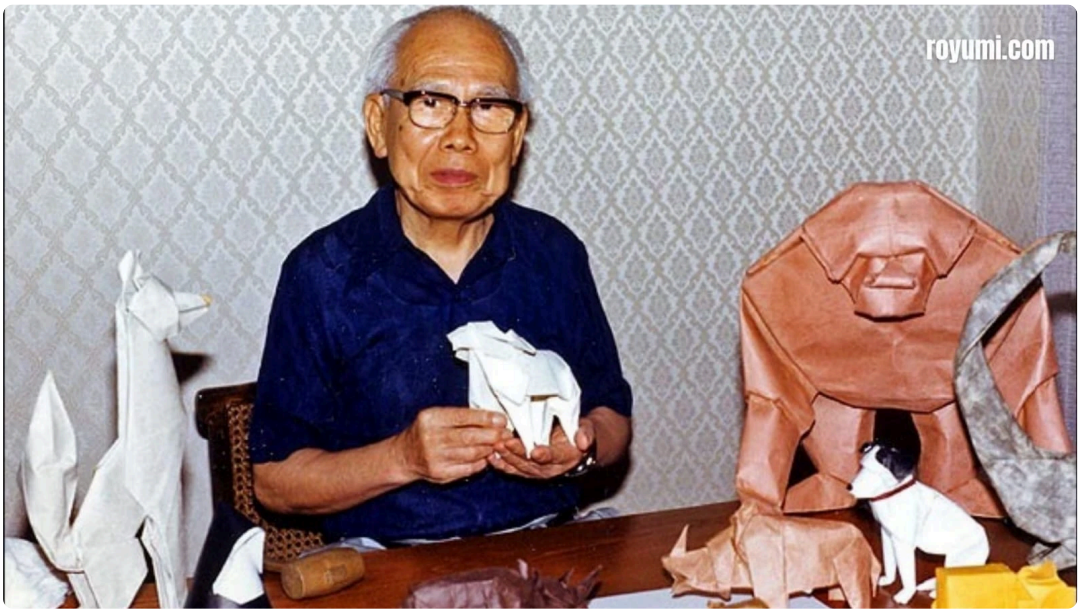
Artistas del mundo trabajan desde enfoques inclusivos, sensoriales o comunitarios, generando modelos accesibles, nuevas formas de diagramar o instalaciones participativas. Entre ellos:

* **Saburo Kase**: creador del origami táctil para personas ciegas, ya que él quedó ciego a los 12 años. El origami fue su mejor herramienta para comunicarse.

Saburo Kase junto a dos niños a su derecha enseñándoles a hacer origami. Foto sacada de la página de Facebook Saburo Kase – Origami by touch

* **Kunihiko Kasahara**: Pionero del origami geométrico usado en educación inclusiva.

* **Akira Yoshizawa**: su sistema de diagramación sigue siendo la base para materiales accesibles.



Akira Yoshizawa con sus creaciones. Foto sacada de royumi.com

* **Matthew Shlian**: esculturas de papel táctiles usadas en entornos educativos inclusivos.

* **Vanessa Gould**: llevó el origami al campo del arte accesible a través de su obra documental.

* **Paul Jackson** (Reino Unido): manuales de plegado accesible para educación.

Libro de Paul Jackson "TEXTURAS DE PAPEL. TÉCNICAS DE DISEÑO Y SUPERFICIES. La portada del libro es con tiras de papel amarillo con un círculo blanco en el medio donde está el nombre y el autor del libro.

* **Eric Gjerde** (Reino Unido): patrones táctiles (tessellations) usados en educación sensorial.

* **Anja Voigt** (Alemania): obras táctiles en papel para museos accesibles.

Cuadro en relieve para la exploración táctil basado en la obra "La sala del consejo del Ayuntamiento de Amsterdam" de Pieter Hendricksz de Hooch

* **Erika Kanno** (Brasil): origami intercultural y accesible.

* **Múm** (Islandia): instalaciones sensoriales donde el papel dialoga con luz y sonido.

Este mapa global muestra que el origami ya no es solo una técnica sino una corriente

cultural inclusiva en expansión.

Córdoba: un territorio donde el papel se vuelve comunidad

Las experiencias cordobesas tienen algo en común: el origami aparece como un acto colectivo. Se pliega en mesas comunitarias, centros culturales municipales, espacios de educación, literatura, fundaciones y proyectos barriales. El papel circula entre manos diversas: jóvenes neurodivergentes, personas ciegas, adultos mayores, niños con discapacidad intelectual o familias que buscan un espacio sensible y seguro.

Un caso para destacar es el libro "**Plegar para DesplegArte**" de Graciela Bordón, que brinda la maravillosa experiencia del origami a personas con discapacidad visual aunque también es accesible para cualquier persona que desee aprender origami.

Portada del libro “Plegar para Desplegarte”.

Allí nacen prácticas donde se utilizan papeles grandes, firmes y texturados, se marcan relieves para quienes leen con las manos, se ofrecen secuencias en lectura fácil y se acompaña con LSA. Cada participante avanza a su ritmo.

El resultado es simple y profundo: el arte se hace accesible para todos.

El origami accesible resignifica el sentido del arte. No busca que la figura quede perfecta: busca que el camino sea habitable.

Que la cultura sea un territorio que no excluya. Que el papel pueda ser tacto, ritmo, sonido, compañía. Que el plegado sea una forma de derribar barreras.

En un contexto donde la accesibilidad cultural todavía es un desafío, estas iniciativas abren una posibilidad concreta: que cada pliegue sea un acto de derecho, de expresión, de participación.

Porque cuando una hoja de papel se pliega, también puede estar abriendo el mundo.

Noelia Pajón

Hashtag Sumaj →

Tita de Racing

10.01.2026

Arturo Jaimez Lucchetta

Tita Mattiussi, pionera y mártir de la Academia, a la vanguardia de la mujer en el fútbol argentino

Tita Mattiussi (ph: Diario Olé)

"Racing es todo para mi. Mi familia es Racing. Le doy gracias a mis viejos. Me queda poco tiempo de vida pero daría todo lo que tengo para solucionar los problemas de Racing", dijo la Tita, quien tenía 79 años cuando se declaró la quiebra del club, cinco meses antes de morir.

Para los que conocen de cerca la historia de la Academia, **Tita Mattiussi** es más importante que los ídolos y la dirigencia. Sin Tita no hubiese habido Chango Cárdenas,

ni Intercontinental 1967, ni equipo de José. Tal vez por eso, los dirigentes, el cuerpo técnico y los jugadores de aquella final, hicieron una vaquita y le pagaron el pasaje, tanto para el encuentro en Glasgow, como para el tercer partido en el Estadio Centenario de Montevideo. La Tita se paseó por Londres y por la capital de Escocia, con la misma indumentaria que caminaba las callejuelas angostas de Avellaneda, acompañando a sus jugadores.

Tita no podía faltar a la cita más importante de la historia de Racing y no faltó. Cómo no iba a estar esa figura materna que la mayoría de los futbolistas del plantel le debían el cariño, el apoyo, la comida y hasta la ropa limpia. "Tita fue una madre para mi, era un placer hablar con ella", recuerda Alfio Basile, uno de los referentes de los campeones del mundo.

Elena Margarita Mattiussi es un cimiento fundamental de la Academia, esto es literal; porque Tita nació en la casilla que ocupaban sus padres César y Aída, ubicada debajo de una tribuna del viejo estadio de Alsina y Colón. En ese mismo terreno donde se inauguró el Cilindro Presidente Perón en septiembre de 1950, estaba la cuna de Titina, como le decían de niña. En esos campos poco poblados creció, vivió una infancia humilde, ayudando a su madre con la tarea de lavado de indumentaria y cocina para el plantel superior y las divisiones inferiores.

Tita jugaba con los pibes de la pensión del club y hasta se enamoró de alguno. "Tita nació, aprendió a caminar y a hablar en Racing. Tita aprendió a decir Racing antes que a decir mamá. Tita se enamoró, sufrió por amor y murió en Racing", cuenta Marcelo Izquierdo, autor del libro Tita, 100 años de la madre de la Academia.

"**Tita Mattiussi** es la persona más importante de la historia de Racing. Decir que es la mujer más importante es minimizar su importancia. No hay jugador, ni técnico, ni dirigente que sea más importante que ella. Tita fue protagonista de las ocho décadas más gloriosas de la Academia", asegura el escritor, con el valor moral de ser un investigador riguroso y un racinguista consuetudinario.

Tita es la pionera de las mujeres en un mundo tan machista como el mundo del fútbol. Ella no fue sólo la hija del canchero y la lavandera. No se quedó sólo con su función doméstica, hereditaria cuando doña 'Ida' se fue poniendo vieja. Tita fue la madre sustituta de todos los pibes de la pensión que venían de otras ciudades y provincias. Fue la confidente de los adolescentes frustrados en momentos duros, lesiones, mal de amores, mal de olla, mal de distancia.

También era la que los bajaba a la tierra cuando se agrandaban.

El santiagueño Juan Carlos Cárdenas, autor del gol más emblemático de la historia de Racing, recordaba a **Tita Mattiussi** como una figura maternal y esencial en la vida de los jugadores, una hermana mayor que te brindaba todo su cariño: "La Tita te daba consejos hasta sobre fútbol, te decía cómo tenías que jugar. Te levantaba el ánimo cuando algo te salía mal. Para los chicos como yo, que veníamos de lejos y extrañábamos el pago, su presencia era vital", cuenta el 'Chango', emocionado.

No hay jugador que no la recuerde, no hay futbolista que ella olvide. "Yo los quiero a todos. A alguno más y a otros menos, pero los quiero a todos. Me enojo cuando no me vienen a ver, cuando no me llaman", declaraba Tita en una imperdible nota con el periodista Osvaldo Ardizzone, para la revista El Gráfico, en 1973:

"¿Sabe quién me escribió el otro día? Escalante. ¿Se acuerda de ese chico?... ¡Pobre! Anda solo allá por Guatemala... Se van, ¿vio? Esa es la pena que me da... Y todo por la maldita plata a veces... Pero no es culpa de los muchachos... Usted también los conoce... Uno es joven y quiere ganar... Quiere triunfar... A mí nunca me interesó la plata..., ¿por qué será?... Como mi papá... Soy igual que él... Siempre trabajando... Pero estoy contenta, igual estoy contenta... Solo me enojo y me pongo triste cuando algunos no me escriben ni me hablan o no me vienen a visitar".

A Tita no le importaba la plata, le importaba que todos tuvieran un plato de comida. Le molestaban las injusticias, por eso era una militante de la justicia social. Por eso mostraba con orgullo los cuadros de Evita y de Perón en el comedor de su casa. En ese lugar sagrado recibía, hablaba de política, de familia y de fútbol, o mejor, de Racing, que para ella era lo mismo.

Allí desfilaron figuras como Roberto Perfumo, el Panadero Díaz, el Coco Basile, Rubén Sosa, Juan José Rodríguez, Ubaldo Matildo Fillol y hasta el gran Juan José Pizzuti, director técnico de los campeones intercontinentales.

El Pato Fillol, arquero campeón del mundo en Argentina 1978 destacaba a Tita por los valores que inculcaba a todos los chicos de la Academia, incluso a quien ya era un futbolista consagrado y reconocido como el mejor portero del mundo:

"Tita y su familia vivían al lado de la cancha y ella se desvivía por los chicos, ofreciendo apoyo incluso cuando no había mucho para comer. Más allá de la comida que hacía con tanto amor, Tita era una consejera fuerte y honesta, que te preguntaba por la familia y nos mantenía con los pies en la tierra. Tita es Racing. Es la esencia misma de Racing, alguien que construyó un espacio propio en un mundo machista y que fue fundamental en la historia del club. Sin su apoyo yo no habría sido lo mismo", agradecía Fillol, quien

conoció a Tita siendo un juvenil de 21 años que llegaba a Racing, luego de jugar para Quilmes en la Primera B y que volvió a la Academia siendo ya un veterano de 37.

El 'Pato' volvió al club, luego de brillar en la Selección, en River, en Brasil y en España, para darle a la Tita y a toda la grey blanquiceleste, la Supercopa Sudamericana en 1988.

Una vez más y, a pedido del plantel y cuerpo técnico, Tita viajó con la delegación y fue testigo de la gesta del Mineirao, en Belo Horizonte.

Podríamos decir que **Tita Mattiussi** dio la vida por Racing y por sus convicciones. Porque también mostró sus ovarios enfrentando a la dictadura, protegiendo a los chicos de la pensión. Aquel 22 de febrero de 1977, cuando un comando conjunto de la policía de Buenos Aires y el ejército fusiló a seis personas contra los muros del Cilindro de Avellaneda, Tita salió al playón de la cancha para ver lo que estaba sucediendo.

"Tita quedó cara a cara con los asesinos de la Dictadura Militar para defender a sus pibes, a uno de los cuales tuvo que contener porque quería ir a hacer la denuncia a la comisaría. Imagínate cómo hubiera terminado eso. Tita le salvó la vida a ese pibe", contó el escritor Marcelo Izquierdo.

Tita tenía 58 años y se enfrentó al grupo de tareas que acababa de perpetrar la masacre, en la que murieron cuatro hombres y dos mujeres, cuyos cuerpos aún no se han podido identificar, según versa en un cartel ubicado en las inmediaciones del estadio Presidente Perón.

El pelotón apuntó y amenazó a Tita quien volvió a entrar al estadio, que era su fortaleza.

Tita Mattiussi sintetiza el amateuriso y el profesionalismo de Racing, porque nació bajo el maderamen del viejo estadio, antes de que el fútbol fuese profesional, quizá de esa infancia le haya venido el desinterés por lo económico. Con su adolescencia, en 1931 llegó el profesionalismo a la AFA. Y ella era una verdadera profesional, que se levantaba a las seis de la mañana para poner todas las cosas en orden. Pero también guardaba ese sentimiento profundo de los potreros, que abundaban por la zona. Sobre su pieza y los tablones del viejo escenario que cuidaba su padre, César, Tita vio erguirse el estadio más imponente de esos tiempos; o sea que la casilla de los Mattiussi es la piedra basal del mítico Cilindro.

Tal vez por esa condición tan humana y rigurosa, tan eficiente y tan aficionada, Tita era respetada hasta por los hinchas de Independiente, en tiempos en que al Cilindro y la Doble Visera, los separaban los baldíos y la rivalidad no era una guerra.

Click para ampliar

Dicen que se enamoró un par de veces, que una iba en serio, pero que el fulano, un rosarino que jugaba para Racing embarazó a otra piba y le rompió el corazón. Otros prefieren pensar que ese romance fue un mito y que la Tita solo se enamoró de Racing.

Lo verdaderamente importante es que al amor eterno entre Racing y Tita nadie pudo destruirlo. Ni la quiebra que puso en jaque la continuidad del club en marzo de 1999. Tita pronosticó que "nadie podrá matar a Racing" y no se equivocó, aunque tal vez esa etapa trágica en la que estuvo a punto de ser desalojada, aceleró su partida el 3 de agosto, cinco meses después de la presentación del quebranto por parte del presidente del club Daniel Lalín.

La Tita no quería grandes reconocimientos, se hubiese opuesto de plano al monumento que se yergue en su honor, a la par de las estatuas de Juan José Pizzuti y Reinaldo Carlos Merlo. Seguramente le caería mejor que se haya fundado un nuevo predio para las divisiones inferiores con su nombre, porque ella prefería quedar en el inconsciente colectivo de Racing y del fútbol argentino, por esa condición que tan bien describe el poeta y periodista Osvaldo Ardizzone:

"Uno piensa que la vida produce personas como la Tita. Que sólo aprendió a vivir para los demás. Transfiriéndose siempre. Que nunca duda. Que nunca vacila. Que nunca desconfía. Que nunca oculta sus sentimientos. Que hasta participa de todos los problemas de esos jugadores que pasaron y siguen pasando por ahí... Que conoce cada uno de los acontecimientos de la vida de cada uno... Que sabe de las novias, de los aniversarios de casamiento. Del cumpleaños de los hijos. Que se adhiere al fracaso. Que participa del triunfo... Y comprobó que siente el halago de la visita de los demás y del recuerdo de una llamada telefónica, de una carta que el Pato Pastoriza despacha desde Mónaco..."

A **Tita Mattiussi**, la mujer que nació, creció y murió en Racing. La mujer que parió a la Academia.

Racing, bendita sea la madre que te parió...

Arturo Jaimez Lucchetta

Contame-la →

Una mariposa en la telaraña

10.01.2026

Marta García

Foto: Lena Kap

-Ahora quién me va a hacer las trenzas antes de ir al cole... quién... mi papá me las hace como salamines...

Cuando María lloraba, nuestra infancia se secaba. En un intento por hidratarla activé mi manantial secreto.

-Te presto a mi abuela... bah, la compartamos.

La abu hacia las mejores trenzas del barrio. No era solo técnica. De sus manos se escapaban encantamientos solo con rozar cabecitas de nietas o al batir claras a punto nieve. Su fama cruzó la plaza y llegó hasta la carnicería de don Aníbal, que la convocó para que le trenzara los chinchulines. Colgados de los ganchos, simétricos y brillantes, parecían una instalación de arte hiperrealista. No había mollejas que pudieran disputarles protagonismo. Hasta mi hermana mayor, guerrillera vegetariana, iba a mirarlos en silencio, escondida detrás de los coliflores, olvidándose por un rato de que no eran más que intestinos delgados de un animal muerto sin haber firmado un consentimiento informado.

Como garantía de calidad, don Aníbal escribía con tiza y en cuerpo catástrofe la oferta del día en una pizarra: **"Solo por hoy, CHINCHULINES TRENZADOS POR LA ABUELA MARÍA**". Si bien eran carísimos, nadie pedía descuento. Todo lo que la abu tocaba se transformaba en conjuros aunque vinieran del tubo digestivo de una vaca.

María conoció temprano las desgracias. A los siete años no pudo terminar una tarea para la escuela porque su mamá fue aplastada por un putísimo colectivo en la Avenida 24 de Septiembre y nunca llegó con los sobrecitos de papel glasé. Y a los diez, vio cómo el corazón de su abuela junto a media docena de huevos se estrellaban contra el piso del almacén. ¿Se puede estar más sola y vulnerable en este mundo de porquería? Sin mamá, sin papel glasé, sin abuela, sin huevos, sin trenzas.

Su papá era el ser más noble y bueno del planeta. También el más callado. Y aunque le ponía actitud, su mano de fabricante de embutidos convertía la melena de su hija, diosa barrial de un olimpo cuartetero, en un salamín. María estaba atrapada en una casa donde el único sonido era el de las lágrimas cayendo sobre la cartuchera o sobre las etiquetas de cartón de las mortadelas.

Cuando me vio llegar de la mano con mi amiga entristecida, no hizo falta explicarle nada. La abu rescataba mariposas de las telarañas y nietas de todos los peligros. Ella veía las desgracias antes que nadie. Y las trenzas de María contaron con una abuela.

Cada tarde sus manos andaluzas tocaban el timbre de ese hogar apagado, convirtiendo la galería en un tablao y las lágrimas en risas de castañuelas. Mientras, la melena de María se trenzaba con hechizos ante la mirada de un padre agradecido y mudo. La abu era una Lola Flores con todos los accesorios de barrio obrero cordobés.

Un día volvíamos del colegio con las trenzas desarmadas de recreos cuando vimos una mariposa atrapada en una telaraña. Quisimos ayudar. Empeoramos todo. No teníamos manos de abuela. Desgreñadas y llenas de pena por las alas que habíamos despedazado, corrimos a contarle.

-Abu, abu... no sabés lo que le hicimos sin querer a una marip.... abu...

Ya no estaba allí. La abu había quedado atrapada en algún lugar que no figuraba en el mapamundi del centro vecinal. El barrio se llenó de telarañas, no hubo más chinchulines en la carnicería y desaparecieron las trenzas y las mariposas.

No sabíamos cómo entrar en su nuevo mundo. Como un último recurso convencimos a la gente grande de que nos dejaran peinarla cada día. Le lavábamos la cabeza, le hacíamos baños de crema, le dejábamos crecer el pelo. Ella jamás salía sin su rodete y fuimos aprendiendo a hacérselo sobre la marcha. No la íbamos a dejar deambulando en otro mundo sin su compañero de vida.

Después del colegio, sin fallarle un solo día, íbamos a peinarla y a contarle noticias de último momento: que habíamos aprendido a liberar una mariposa sin fragmentarle las alas, que el barrio seguía despeinado pero resistía.

Fue en su jardín. Sucedió cuando logramos hacerle un rodete de la madre que nos parió. En ese preciso instante nos miró con ojos excarcelados y supo quiénes éramos. Después los cerró. Ya había visto lo suficiente. Y se fue volando, gordita y amorosa, con su rodete constante. Sin darnos cuenta la habíamos desenredado del mundo enredado del Alzheimer.

Dos niñas la despidieron de esta humanidad fragmentada, espalda contra espalda, con una certeza: algún día una de ellas sería capturada en pleno vuelo por una telaraña de otro mundo y allí estaría la otra para hacerle las trenzas y liberarla sin heridas. Como a una mariposa.

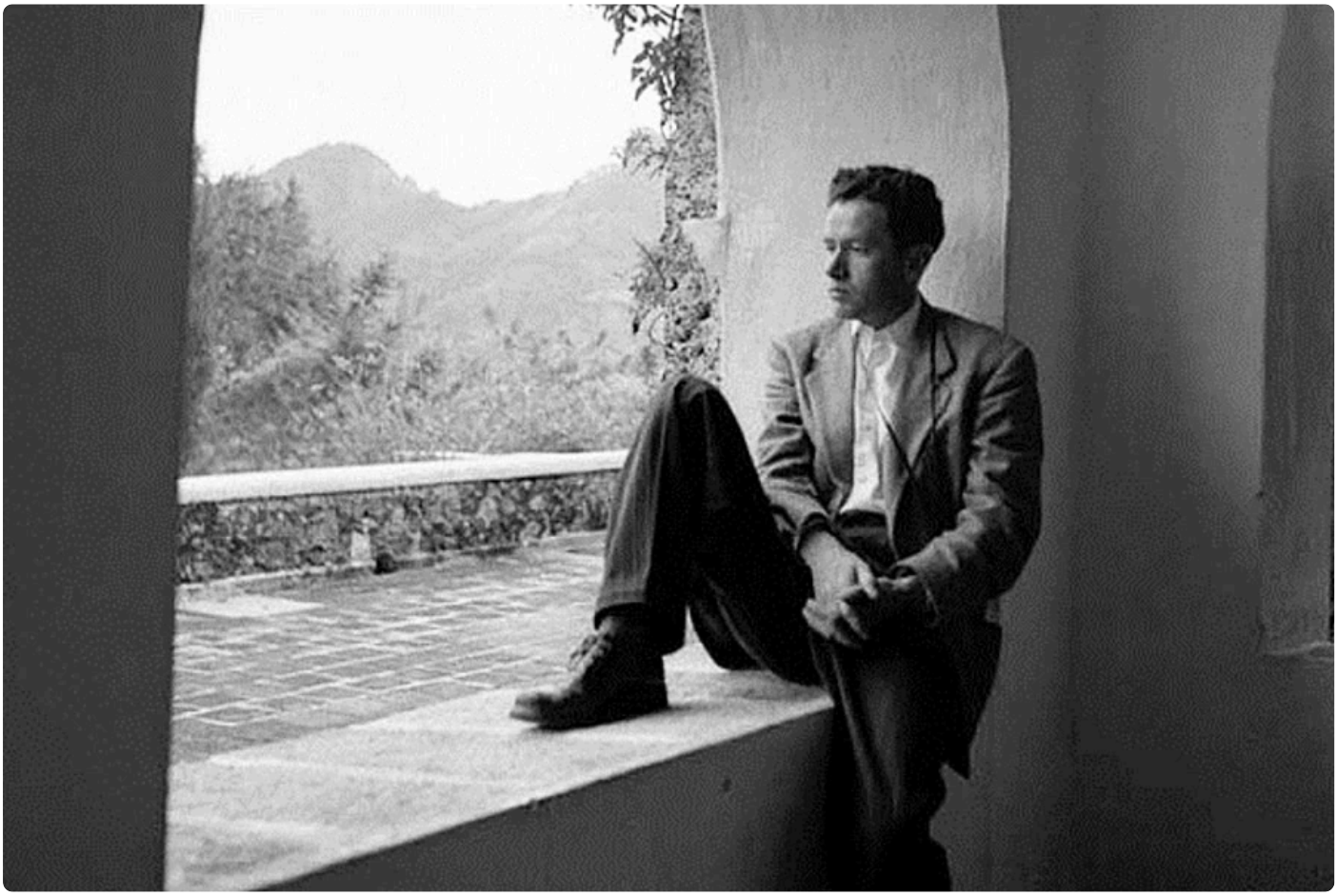
Marta García

Contame-la →

El zorro Juan

10.01.2026

Luis Eliseo Altamira



Juan Rulfo (la parte visible del témpano de su nombre, Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno), alias el Zorro, quedó huérfano de padre a los siete años, y de madre a los once. En su lecho de muerte, ella, que en apariencia había comenzado a desvariar, le dijo: "No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro". Juancito sabía que le

estaba hablando de su padre pero, ¿por qué lo del olvido? Habían pasado cuatro años, sí, pero las personas no pueden volver a voluntad de su muerte. No entendía.

La abuela materna lo llevó con ella pero también se murió. Juan fue a parar entonces al mexicanísimo orfanatorio Luis Silva, de Guadalajara, y de ahí, ya solito, a ciudad de México. Leía. En la plaza del Palacio Nacional los gorriones picoteaban las hojas que el aire hacía caer y Juan leía. Y un día, "que estaba muy aburrido y hasta cierto punto melancólico y sin dinero, decidió convertirse en escritor, cosa a la cual se dedicó inmediatamente, pues odiaba ese tipo de personas que dicen voy a hacer esto o lo otro y nunca lo hacen".

Juan escribía y corregía con un lápiz Faber número 2 amarillo, de esos que vienen con una gomita de borrar. Y destruía (con el fuego o con las manos, casi invariablemente). Escribía sobre campesinos, un tema ya agotado por los escritores mexicanos, entonces abocados a la gente de la ciudad y sus problemas. "Era Joyce o nada – ha dicho Monterroso -. Kafka o nada. Borges o nada". "¡Váyanse mucho al carajo!", pensaba Juan.

Los pocos cuentos que se salvaron (*Nos han dado la tierra, Macario, La cuesta de las Comadres* y otros) fueron a parar a la primera edición de *El Llano en llamas*, publicado en 1953 por el Fondo de Cultura Económica. "Fue un éxito, todo el mundo lo aplaudió, y pronto fue traducido (a veces no muy bien) a los más diversos idiomas". Y entonces le empezó a salir una novela.

Había escrito tres o cuatro páginas insignificantes cuando le volvieron las palabras que le había dicho su madre en el lecho de muerte. Y así fue como Juan se adentró en *Comala* (un mundo habitado por pobres almas no desprendidas aún del todo de su condición terrena, como bien señala el mismo Monterroso) para exigirle a su padre, ahora llamado *Pedro Páramo*, lo que su madre le había pedido que le exigiera.

Corría el año 1961. "Álvaro Mutis – cuenta Gabriel García Márquez - subió a grandes zancadas los siete pisos de mi apartamento en México D.F. con un paquete de libros. Separó del montón el más pequeño y corto, y me dijo muerto de risa: ¡Lea esa vaina, carajo, para que aprenda!'. Era *Pedro Páramo*. Aquella noche no pude dormir mientras no terminé la segunda lectura. Nunca, desde la noche tremenda en que leí *La Metamorfosis* de Kafka en una lúgubre pensión de estudiantes de Bogotá - casi diez años atrás -, había sufrido una conmoción semejante".

La novela, publicada en 1955, "fue todavía mejor que el primer libro, y varios profesores norteamericanos de lo más granado del mundo académico de aquellos días lo

comentaron con entusiasmo y aun escribieron libros sobre los libros que hablaban de los libros del Zorro. Desde ese momento el Zorro se dio con razón por satisfecho, y pasaron los años y no publicaba otra cosa. Pero los demás empezaron a murmurar y a repetir ¿Qué pasa con el Zorro?´, y cuando lo encontraban en los cócteles puntualmente se le acercaban a decirle: Tiene usted que publicar más.` Pero si ya he publicado dos libros´, respondía él con cansancio. Y muy buenos - le contestaban -; por eso mismo tiene usted que publicar otro´. El Zorro no lo decía, pero pensaba: En realidad lo que estos quieren es que yo publique un libro malo; pero como soy el Zorro, no lo voy a hacer.` Y no lo hizo" (1).

(1) Los fragmentos entrecomillados que se encuentran en el segundo, cuarto y séptimo párrafo corresponden al cuento "El zorro es más sabio", de Augusto Monterroso.

Luis Eliseo Altamira

Contame-la →